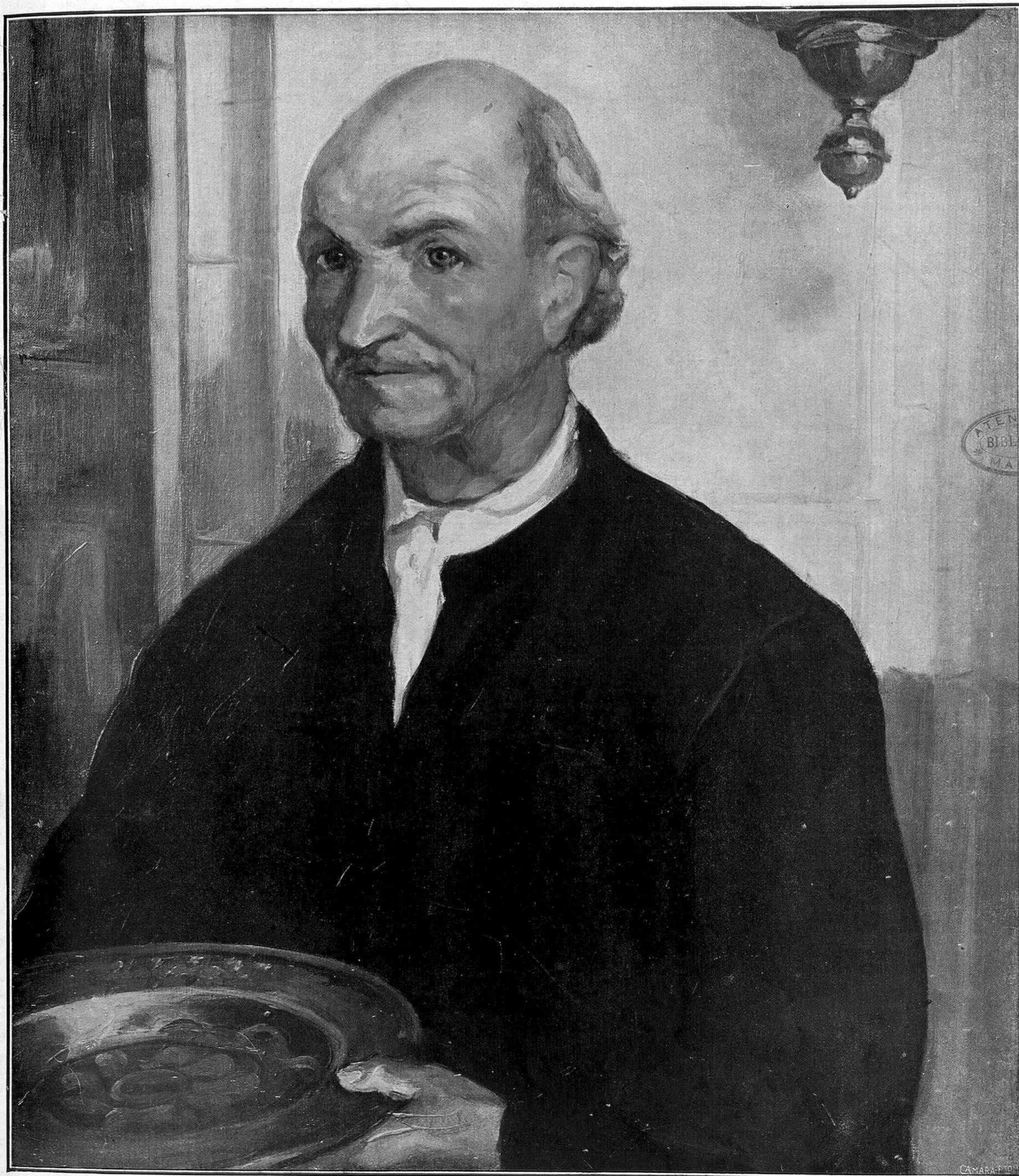


La Esfera

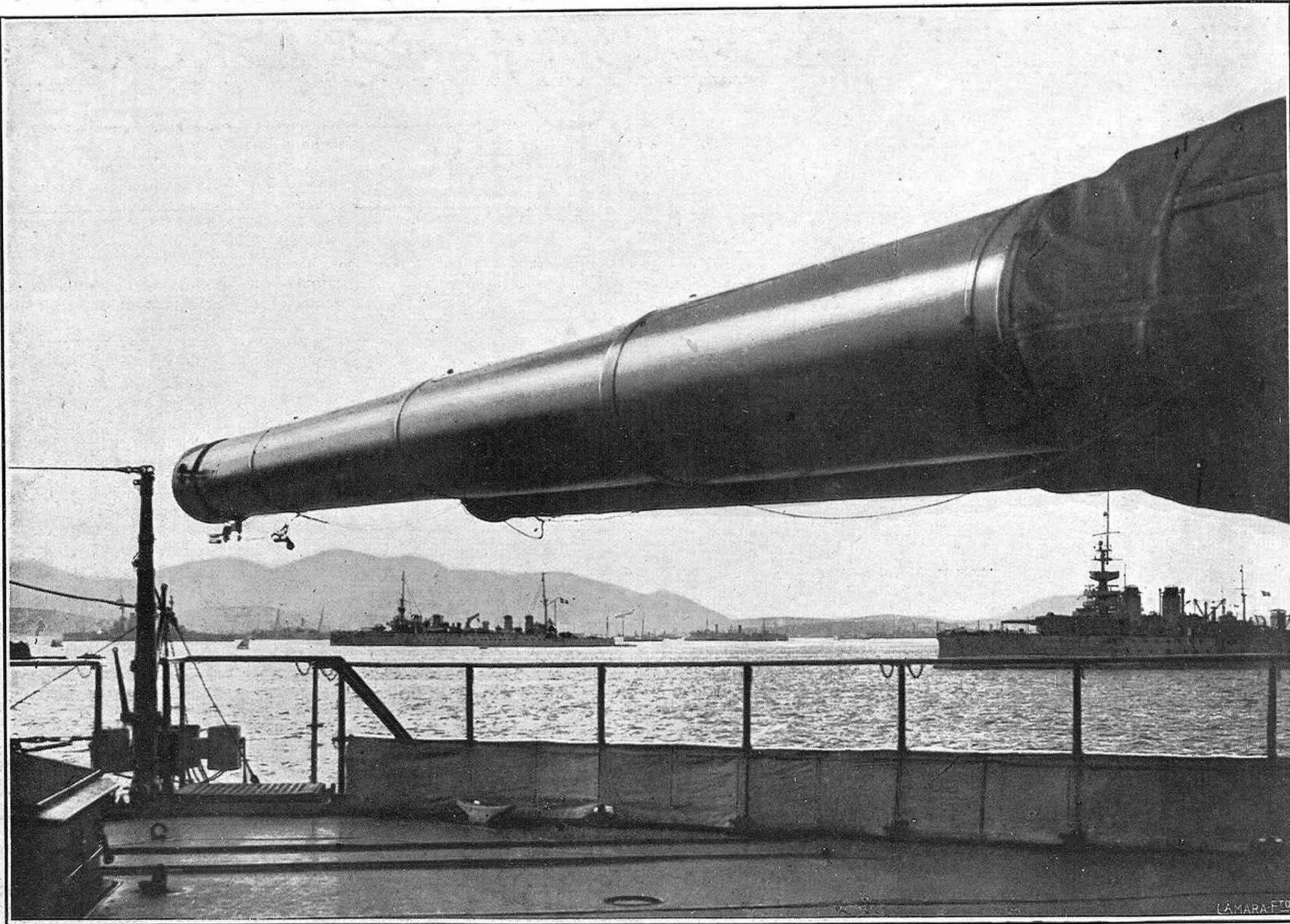
5 Mayo 1917

Año IV.—Núm. 175

ILUSTRACION MUNDIAL



MENDIGO CATALAN, cuadro de Federico Masriera



Uno de los cañones de 34 centímetros del acorazado francés "Provence"

FOT. HUGELMANN

DE LA VIDA QUE PASA

La gran tristeza masculina

ESTA guerra de ahora, tan enorme, tan extensa, tan fríamente cruel, que hace pensar en las profecías del Apocalipsis, apasiona á las gentes como nada, hace tiempo, las apasionaba tanto. Esto es laudable, confortador y bello. La pasión es siempre algo divino (Satanás fué un ángel), y, sobre todo, es una cualidad esencialmente varonil. El sentimiento es femenino. La pasión es masculina.

Todos los españoles que estamos en el pleno uso de nuestras facultades mentales, todos los españoles amantes de nuestra Patria, somos partidarios de la neutralidad; pero si examináramos el fondo de las almas, en todas veríamos latir una grande y abrumadora tristeza. La pena inmensa de que España sea pobre y débil y no pueda combatir en la liza europea, la melancolía irremediable de que, dada nuestra pobreza fisiológica y económica, nos hagan falta reconstituyentes, industria y comercio y buena administración, antes que mostrar franca, valiente y quijotesca nuestras simpatías. He aquí la gran tristeza masculina; no poseer toda la fuerza, corpulencia y valor salvaje de los hombres prehistóricos, conjuntamente con todo el talento y la gracia intelectual de los sabios, pensadores y artistas modernos. Por eso, el pueblo más grande y admirable de la Tierra, el modelo eterno para la Humanidad, es, y acaso sea eternamente, Grecia. Aquellos hombres eran fuertes, eran bellos, sabios y artistas; eran alegres y serenos porque no

conocían el concepto cristiano del pecado; eran sanos porque desconocían la teoría de los microbios.

El varón perfecto, ideal, arquetipo, que quisiéramos ser todos los pobres de cuerpo y de espíritu, consistiría en un hombre que, teniendo todo el vigor físico de los primitivos, tuviera al mismo tiempo la inteligencia de un Kant, la sabiduría de un Aristóteles, el arte de un Benavente y la grandeza de alma de un Francisco de Asís. Si ese hombre ideal llegara á existir alguna vez, que no existirá nunca, porque los ideales dejan de serlo cuando se realizan, tendría la adoración unánime de todas, absolutamente todas las mujeres.

La gran tristeza femenina es la carencia de lujo, de *confort*, de refinamientos y de arte; la gran tristeza de los hombres es el sentimiento de nuestra inferioridad, la íntima convicción de nuestra debilidad física y nuestra vulgaridad intelectual. Por eso el hombre moderno es cada vez más celoso, por eso los celos revisten, con las exigencias á veces intolerables de la civilización, un carácter morboso y exasperado que constituye uno de los más grandes é inexpressables dolores morales que puede sufrir el espíritu del hombre, y hasta estoy por decirlos que también su carne. Cuando la mujer estaba recluida en el hogar, cuando la esposa era la descrita por fray Luis de León, los celos no existían, ó si existían eran absurdos; pero hoy, que entra en casi

todas partes y se crea amistades entre los hombres, los celos, que son, ante todo y sobre todo, un sentimiento de inferioridad, tienen forzosamente que constituir la obsesión torturadora de los hombres que valemos poco; débiles de cuerpo y pobres de cerebro; desmedrados de músculos y vulgares de intelecto; bajos de ideales y cortos de horizonte.

Las preferencias femeninas son siempre lógicas y justas, pese á todas las insinceras misoginias de los despechados. Late en ellas la voz de la raza, el instinto de la especie. La mujer quiere algo grande, una fuerza dominadora que la sujete, arrastre y avasalle; el músculo potente que oprime y aplasta ó el valor que enardece ó el talento que sugestiona. ¿Cómo van á tener el amor de las hembras los que ostentan la triple negación de la debilidad, la cobardía y la torpeza?

Seamos fuertes, inteligentes y valerosos para que podamos borrar con nuestro esfuerzo todas las injusticias sociales de la faz de la Tierra; cultivemos por igual nuestros músculos y nuestro cerebro para que podamos luchar con alegría por la felicidad humana, para que todas nuestras empresas no lleven ese sello de tristeza, esa sensación de inferioridad, inquietud y desconfianza que parece ser la característica de la época presente.

JOSÉ ANTONIO VALLESPINOSA Y VIOR

: ASPECTOS :
DE MADRID

□ LAS PALOMAS DEL PALACIO REAL

EL fundador de la monacal Orden de los Mínimos, llamado Francisco de Paula, allá por los años de 1483 residía en Paterno.

Era de tez morena y estatura alta, cual genuino calabrés; sus facciones tomaban carácter merced á lengua y poblada barba. Detalle singular en aquel hombre: sus ojos no armonizaban con la severidad de su figura. Las pupilas de Francisco de Paula, obscuras y brillantes, tenían un destello particular; su mirar denotaba tranquilidad absoluta de alma, inspirando súbita simpatía la dulzura casi infantil de sus ojos.

A la sazón, el rey Fernando de Nápoles ordenó se derribara un convento que en Castellummare erigían los monjes adeptos al santo varón— Sorrento y Castellummare están cobijados pintorescamente al pie del caldeado Vesubio, reposando juntamente al lecho de arenas volcánicas—. Los religiosos, azorados por la Real orden, fueron sin demora junto á su superior, pero allí también dejése sentir la ira del Rey, quien ordenó la captura de Francisco...

Los emisarios del Monarca tornaron á Palacio, pero sin prisionero alguno. Fernando de Nápoles, con el ceño fruncido, recibió al capitán de sus guardias y escuchó las excusas que éste le diera por no haber cumplido la orden de su señor.

El Rey se disponía á dar nuevos mandatos, pero el capitán le hizo presente de varios regalos con que Francisco de Paula, por su mediación, hacía ofrenda al Soberano. El monje no olvidó á la Reina Doña Isabel, ni tampoco á Don Alfonso, duque de Calabria, ya que para esos dos personajes envió dádivas, modestas, sí, pero demostrativas de gran religiosidad, á la par que con ellas exteriorizaba su delicado modo de ser, revelado con tan espontáneas cortesías.

La Reina quedó muy complacida, dignándose acoger cariñosamente las dos palomas torcaces de tono plomizo, presente de su súbdito Francisco de Paula. La cólera del Rey apaciguóse, hasta el punto de escribir una carta al venerable religioso.

Pasado algún tiempo, cuando aquel místico hizo su entrada en Nápoles, de paso para Francia, donde lo llamara Luis XI, fué recibido pomposamente, y por indicación de los Soberanos hospedóse en el castillo, regia morada en la que el monje recibió inequívocas pruebas de consideración y afecto.

La espontánea amistad que el Rey otorgó á Francisco de Paula, dió ocasión á que éste encauzara con Fernando de Nápoles la conversación acerca del bandolerismo; el Monarca, en virtud de rotundos argumentos que de manera clarividente hizo ver su interino huésped respecto al particular, convencióse que debía atajar tal plaga.

También vino á opinar que debía apartar de sí el odio que un día tuviera hacia los modestos satélites del monje.

A pesar de escarmientos harto terribles, aunque justificados, no se llegó á extinguir en aquellos países el bandolerismo, y tanto la Casa de Nápoles como la de Aragón, y años después la de España, que allí imperaron (antiguo reino de Nápoles), se esforzaron en acabar con tanto malhechor.

El Supremo Tribunal de Messina menudaba las sentencias dictadas contra los bandoleros, y la horca era constantemente utilizada.

La tradición ha hecho versar cierto milagroso hecho de Francisco de Paula: cuéntase que el religioso, en ocasión de un consumado ajusticiamiento, hizo descolgar de la horca el cuerpo de un bandido que, amoroso el caritativo varón, abrazó. Por intervención divina, Francisco de Paula logró volver á la vida al desdichado, á quien luego acogió y cristianamente llamó hijo. Más tarde, el resucitado vistió el hábito de la Comunidad de los Padres Mínimos. Abandonó

Francisco su país, visitando antes Roma, despidiéndose del Pontífice Sixto IV.

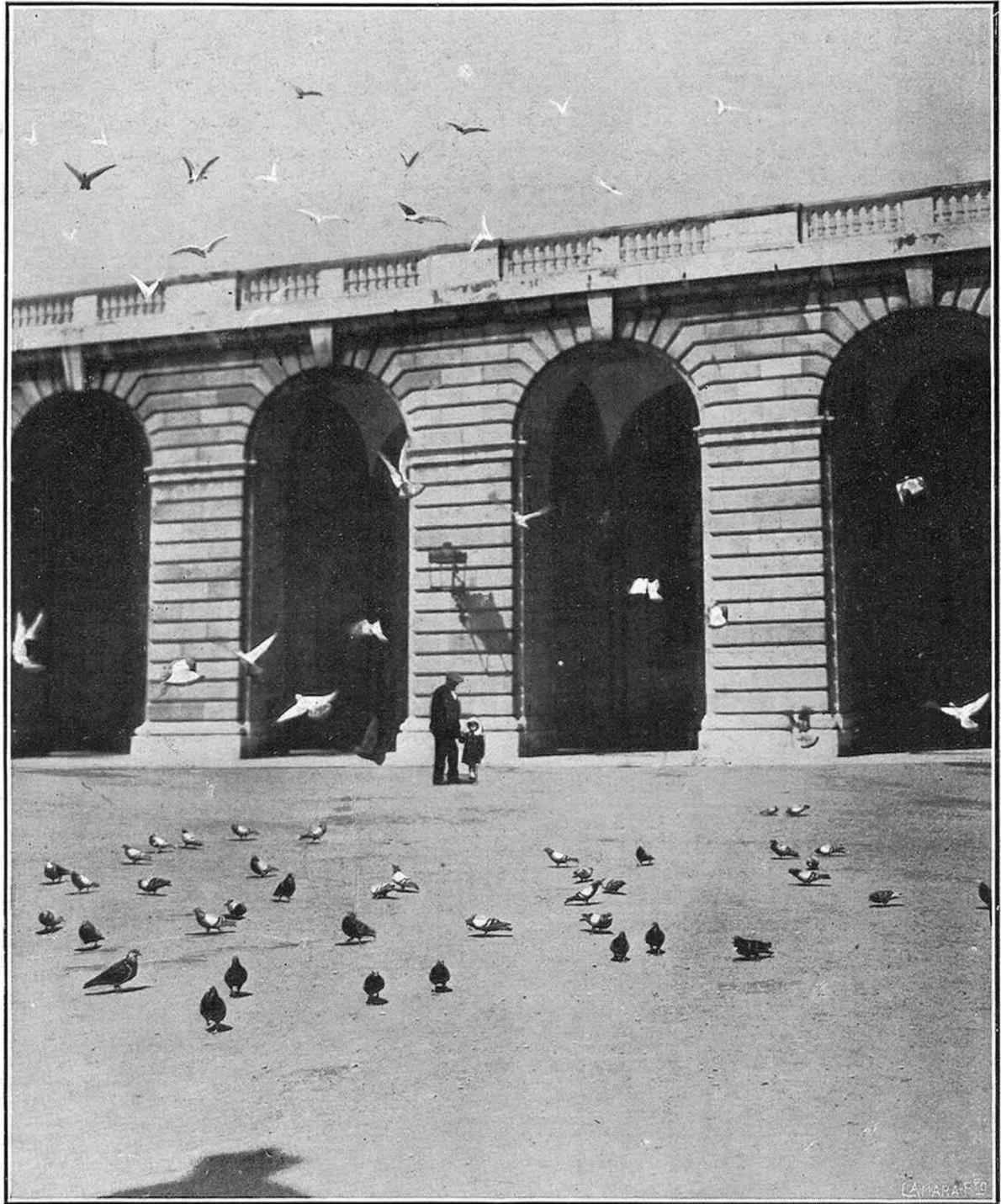
Las palomas que la Reina Isabel recibió del fundador cumplieron el santo precepto. Se multiplicaron á porfía y alegraron con sus revoloteos los alrededores de la regia edificación, al igual que sus antecesoras aportaron risueña nota en torno del humilde convento de Paterno.

El Rey de España Carlos III trajo de Nápoles palomas del Santo, y desde aquel reinado los

unísono fusionados, grandioso, sencillamente regio. Aquella parada hace sentirnos fuertes, grandes, y fortalece nuestro espíritu patrio...

El relevo diario de la guardia de Palacio es, en todo tiempo, visto con placentera emoción, tanto por los nacionales como por los extranjeros que en nuestra primera capital están radicados, como por los que nos visitan.

Las palomas, las palomas silvestres, antes que la representación del ejército haga sus cotidianas



Las palomas en la plaza de la Armería del Palacio Real, de Madrid

FOT. SALAZA

decorativos volátiles vienen teniendo existencia tranquila y prole en abundancia en suelo hispano.

ooo

Cuantas veces he ido á Madrid, me ha cautivado la gran Plaza de Armas que besa los pies al suntuoso y amplísimo albergue de nuestros Monarcas. Aquel bellissimo espacio presenta aspectos varios y atrayentes á cada hora que transcurre.

Cuando dan las once de la mañana, cuando allí puntualmente acuden representaciones de los distintos Cuerpos de guarnición en la villa y corte, vense marciales los soldados de impecables y brillantes uniformes en correcta formación; cuando formando cuadros combinados con táctica maestra, suenan las bandas, clarines, cornetas y tambores, entonces se escucha nuestro himno nacional entonado por aquellos sonos y voces al

evoluciones, ya han dado sus pascos por la real plaza. Luego, unas se posan en las cornisas, otras descansan en los relieves del gran escudo, y las más emprenden vuelo, dando nota de paz. Al atardecer, por el lado de la Sierra del Guadarrama, el sol poniente da al celaje tonalidades mágicas que, vistas desde las arcadas de la Plaza de Armas, semejan visión soberana de riquezas y color que se enseorea del ambiente todo, mientras el astro rey majestuosamente va á su declive.

Las palomas de San Francisco de Paula buscan sus guaridas. Velando el Real Palacio están.

Si su sueño es símbolo de protección á nuestra Monarquía, hagamos votos para que se perpetúe, y ojalá las gigantescas alas del Fénix amparen á las avejillas del Santo, que España gustosa acoge desde luengos años.

JOAQUÍN CIERVO



Cuadro de D. Joaquín Sorolla

CABRILLEOS EN EL MAR LATINO

HACE unas semanas, encontramos á Sorolla á la puerta de Price. Nos preguntó el gran pintor:

—¿De dónde vienes?

—De comprar una emoción por muy poco dinero... Ahí dentro baila una rondalla de la *terreta*, y he tenido que morderme los labios para no romper á llorar cuando sonaba la dulzaina...

—Yo también lloro siempre en esos casos... Voy á venir esta noche á Price... Adiós, *dimoniet* (diablillo).

—Adiós, maestro...

Ante el apunte que se reproduce en esta página, comprendemos en seguida las emociones sorollescas alrededor de la nostalgia. Porque Sorolla es como un cuajarón del ambiente valenciano, la entraña de aquel país.

Ahora sorprendió uno de los tipos característicos de la playa, del arrenal de oro y de fuego. Mil veces hemos visto nosotros al gigante éste, y á sus iguales, caminando con los pies desnudos sobre el polvo ígneo, recibiendo impasible en las anchas espaldas la presión casi plomiza de un sol que ha reventado en el cielo. El mar refulge de manera que obliga á cerrar los ojos. No importa. Le basta al coloso con los aletazos del aire, con su aroma

acre del agua salada. Como suprema voluptuosidad, enciende un cigarrillo, con aquellos fósforos de cartón que los fumadores temp'lados rascan con las uñas, ya callosas...

Sorprende y admira la arquitectura del marinero. Testa redonda y cuello bovino, el pecho como una montaña, los brazos y las piernas capaces de competir con las patas de los bueyes que tiran de las barcas. Pero, sobre todo, maravilla la amplitud desencuadrada y, sin embargo, obediente al músculo, de la grupa que fué talle ceñido por una faja colorada, y dentro de unos años servirá para que se apoye la mano izquierda, echada atrás, en tanto la diestra se aferra al báculo. Entonces las gentes le llamarán abuelo, *l'agüelo*. Ahora es el *señor Ramón*, ó el *señor Batiste*, como antes no se le conocía más que por *Ramonet*. Y siempre persona cabal. No más que de joven se adornaba la oreja con una clavellina, y en la actualidad reserva el caballete de la carne apergaminada para sostén de la colilla que deja apagar y que enciende indefinidamente...

La reverberación y el aire le obligan á una mueca, á la que contribuyen no poco, y en una paradójica complicidad, la viveza y la pachorra interiores. No porque el *señor Ramón* no sepa de letra, ha perdido sus derechos á considerarse nieto de Ulises, ni el

haber sido bautizado le redime de su abolengo moruno. Con el transcurso de los años, un elemento va predominando sobre las inquietudes y vanidades de su colaborador en la típica personalidad. Quiere decirse que el muchacho díscolo y reñidor de ayer se ha transformado en un filósofo á base de gramática parda. Y á propósito de las reservas intencionadas de los valencianos. Se les acusa de sangrientos y hasta de traidores. Realmente, lo que pasa es que no son bobos ni soportan ancas de nadie. Pero nos olvidamos del *señor Batiste*, que no se propone fechoría alguna. El contrabando de tabaco ni siquiera hay que considerarlo pecado en la hora de la muerte. Y bien puede ser que nunca el modelo de Sorolla se dedicara á tales empresas.

Y es como un fauno viejo, que se encarama en las astas del toro enorme y mansujón, y así avanza en el mar, en la lumbre anaranjada del crepúsculo... A esa hora guardaba Sorolla sus pinceles de las campañas playeras, y en ocasiones llegaba hasta el pintor otro valenciano de renombre universal, Blasco Ibáñez, y el novelista, absorto en el friso vivo y áureo de la boyada flotante, con sus guardianes semidesnudos, repetía su frase favorita:

—Grecia ha resucitado...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

SONETOS



NAVEGACIÓN SIN PUERTO

*¿Quién estará en lo cierto: el holandés de Vries,
con su audaz teoría del cambio repentino,
ó el británico Darwin? ¡En tu orgullo te ries
de los sabios que niegan tu linaje divino!*

*¿Se moverá la tierra ó será el sol que gira
en torno de la tierra? ¿Se engañó Galileo?
La ciencia—obra del hombre—¿á veces no delira?
¡Ilusión, conjeturas, errores y tanteo!*

*Puede que se descubra—¿por qué no?—que los astros
á las leyes de Newton no obedecen. ¡Quién sabe!
¡que esos soles inmensos no son sino los rastros*

*de otros mundos ya muertos, de misteriosa clave!
¡Oh, pobre ciencia humana, que en misera barquilla
navegas y navegas, sin llegar á la orilla!*

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EDADES DE LA VIDA

*Primavera: entusiasmo, sangre roja y humeante,
pámpanos y lujuria, atropello, injusticia.
Su divisa y su sueño:—«¡Siempre, siempre adelante!»—
El absurdo por brújula, por norma la impericia.*

*Otoño: la tristeza vespertina que tiñe
de gris, ópalo y nácar los confines lejanos;
corona de hojarasca que los ocasos ciñe
de glorias de faz mustia y de trémulas manos.*

*Invierno: la caquexia, parálisis y frío,
desdén de lo que un tiempo fué fiebre y armonía,
aurora y aventuras y erótico extravío;*

*nostálgicas miradas al deseo penúltimo;
adós lleno de lágrimas á la ardiente alegría
y señas en silencio con la Muerte. ¡Lo último!*

ENCERRADO EN MÍ MISMO

*El odio y el estudio han encendido
mi estilo en negras llamaradas; vibra
la indignación en él de lo vivido:
prosa todo color y todo fibra.*

*Vi el homicidio, la legal rapiña;
la jactanciosa estupidez triunfante;
del Erario mendaz la socaliña
y á la virtud del vicio suplicante.*

*Condenado al silencio, ¿quién remueve
sin mancharse, del charco el cieno impuro?
Siempre temiendo la celada aleve*

*y otras vilezas que el vivir endiablan,
bajé con paso lento al fondo obscuro
de las grandes tristezas que no hablan!*

Emilio BOBADILLA
(«Fray Candil»)



Arras.—Interior de la iglesia de San Juan Bautista



La iglesia de Villers-Franqueux (Marne)

MEDITACIÓN ANTE LAS RUINAS

SERÁN estas páginas algo así como una anticipación en extracto de la crónica negra y trágica que habrá de ser escrita cuando la guerra acabe, y en ella se verá que, por donde pasó el odio de las razas en lucha, el arte fué profanado y destruído. Los siglos habían ido depositando sus ensueños en torno al ara de la fe, y los habían realizado ablandando la piedra y poniendo en las rudas moléculas el fuego inspirador. Así se convirtió lo inanimado en espíritu, y los muros hablaron, y las torres lanzaron en el espacio el grito sonoro de la victoria. Cuatro, seis generaciones de artistas; tres, cuatro centurias fueron necesarias para que brotara de la tierra el monumento. Flor destinada á embalsamar la vida de la Humanidad perdurablemente, había de ser el fruto de los amores del Tiempo y la Fantasía. Cuando la era de los artistas góticos hubo pasado, la vieja Europa contaba con un tesoro inapreciable. Aquí y allá, en una y en otra nación, se levantaban las Catedrales, que no eran sólo santuarios de Dios, sino alcázares de la eterna belleza. En sus columnas esbeltas é ingentes; en sus paredes, caladas como encaje; en sus rosetones policromos; en sus retablos, de inventiva prodigiosa, y en sus sillerías, que son poemas tallados, surgía la nueva existencia con esperanzas que no se han cumplido, porque esos templos iban á

ser, según la frase del poeta, «puntos de descanso en el viaje á la suprema perfección», y no han sido sino motivos de dolor para los que ven cómo el Hijo de Adán retorna á la cueva primitiva, natural recinto de la fiera.

Ved lo que queda de esas alegrías del alma, de esos triunfos de la mente, de esas maravillas del arte. La Catedral de Reims, la de Soissons, la Basílica de Clermont, la iglesia de San Juan Bautista, de Arras, y la famosa Catedral de esta villa ilustre, los templos parroquiales de Villers-

Franqueux, de Peronne y otros de diversos estilos y épocas, románico éste, del Renacimiento aquél, han sido destruídos por los cañones. En medio de la tétrica laguna de sangre en que yacen millares de soldados, se destacan los restos de la genial monumentalidad gala.

Muchos de los templos cuya ruina aflige hoy al mundo, han sido construídos lentamente, á través de los siglos, según ocurrió también con nuestras sublimes catedrales. El Rey, que veía salir del suelo la primera hilada de piedras, sabía bien que ni su hijo ni su nieto asistirían á la bendición de la nueva Casa del Señor. Esta perentoriedad que agita á los modernos, no era sentida por nuestros antecesores. Ellos sabían esperar, y estaban seguros de que sólo dura lo que des-pacio se crea. Contaban con los años, confiando en que merecería respeto á los futuros el largo sacrificio



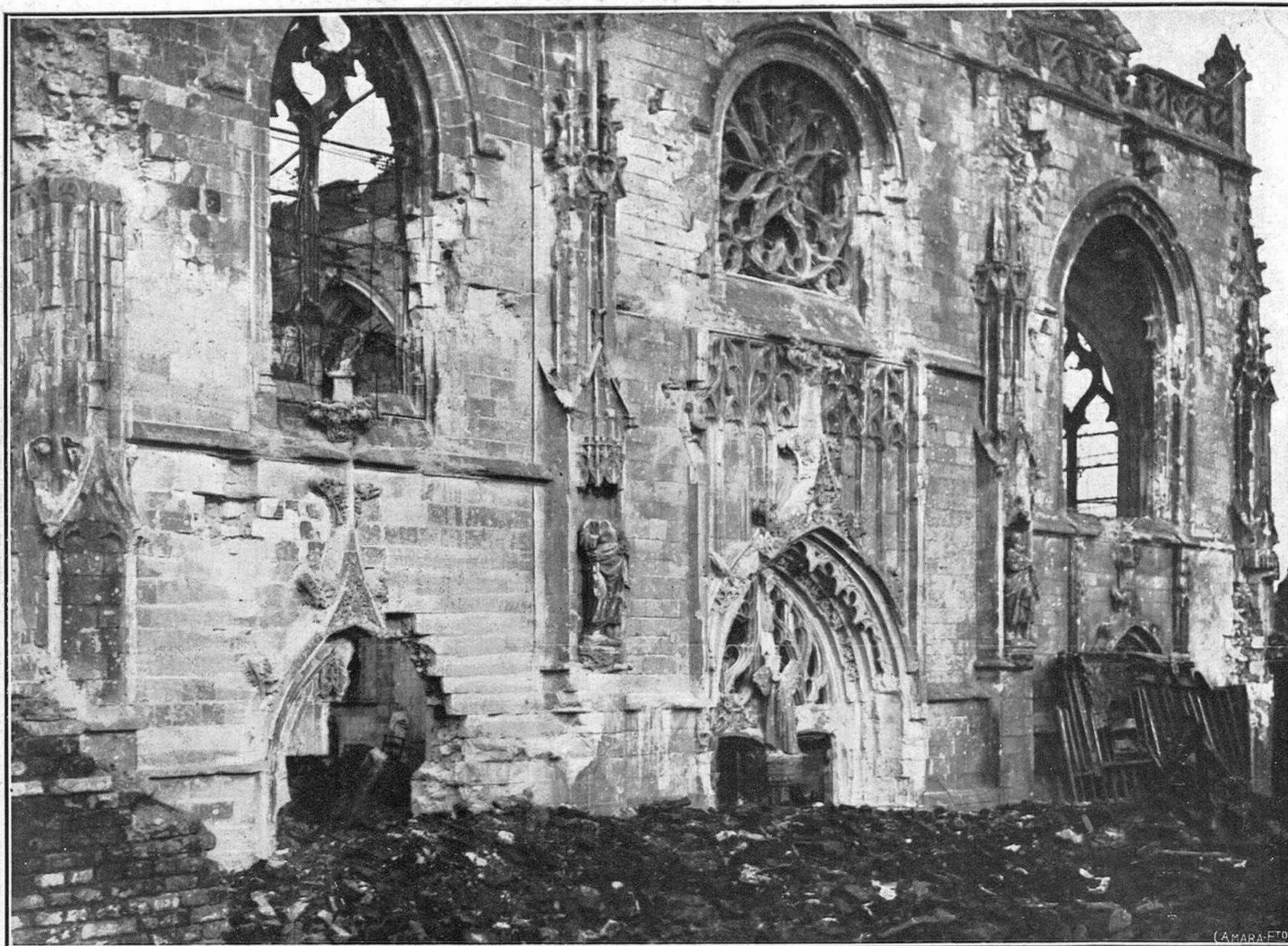
Ruinas de una iglesia, en el Somme



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE SOISSONS

FOT. HUGELMANN

CÁMARA



Fachada de la iglesia de Péronne

de tantas existencias consumidas en el empeño de erigir la fábrica bella y magna. La Catedral de Reims, comenzada el año 1211, no fué concluída hasta el de 1400, y aún quedó labor pendiente, que no ejecutaron los sucesores.

Y en torno de los colosales andamiajes iba y venía la turba innumerable de los obreros. Los maestros, los inventores de la idea arquitectónica, cuyos nombres son ordinariamente desconocidos, y que cobraban mísera soldada, transmitíanse de unos á otros los cartones de su plan y el secreto de sus propósitos. Moría longevo, acaso, el que trazó el diseño inicial, y su heredero continuaba la empresa, y caía fatigado en la angustia de si alguien daría término al templo. De esta suerte, esas soberbias catedrales simbolizan el esfuerzo

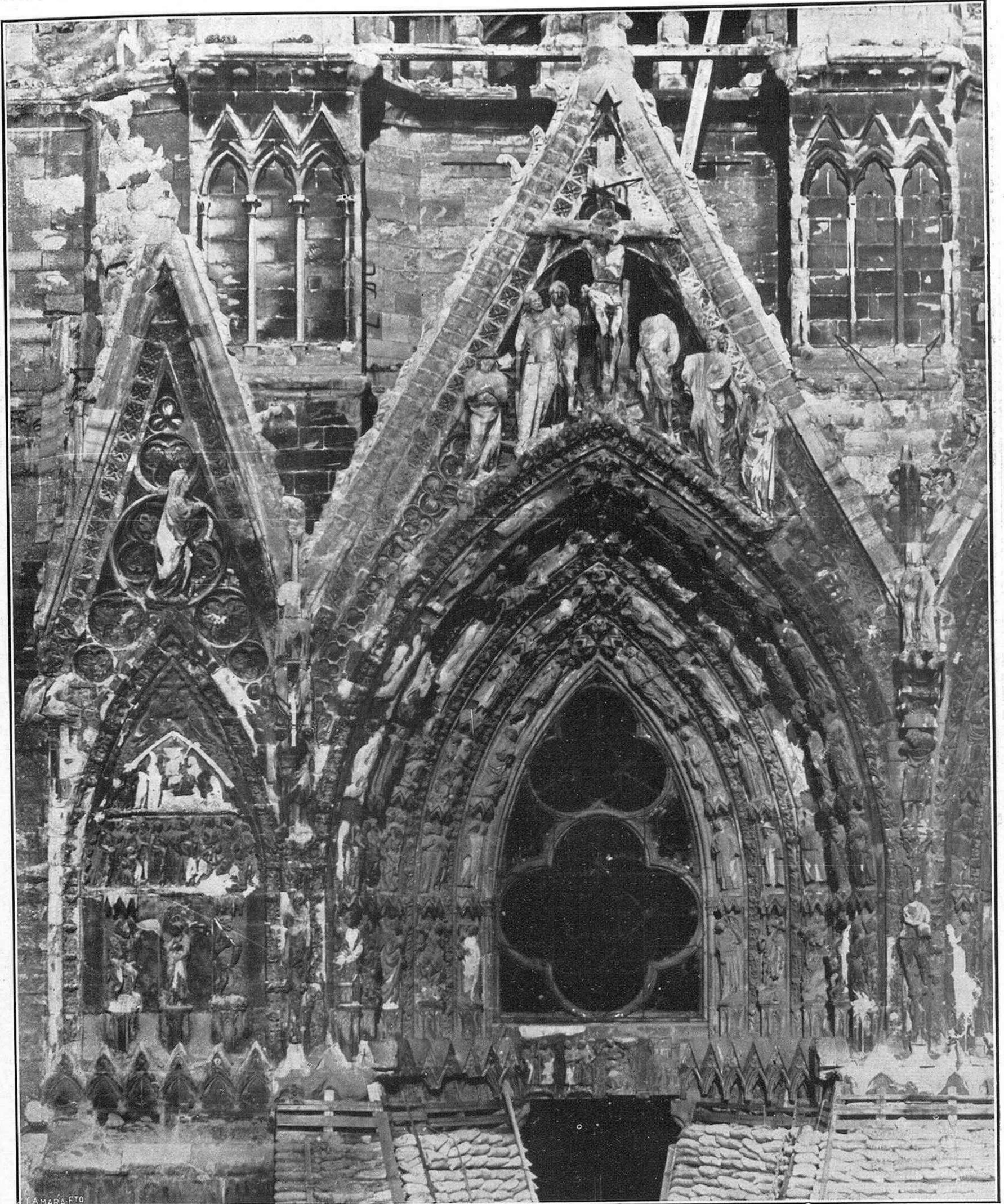


Interior de una iglesia, en el Marne

común de los hombres, la perpetua hermandad social que, de la cuna á la sepultura, va transmitiendo el legado de nobles inquietudes y de aspiraciones á lo perfecto.

Por eso en la impresión de respeto que inspiran los monumentos memorables, no hay sólo el amor á lo bello, sino la veneración á las generaciones pasadas que acaudalaron sus ansias y atesoran sus desvelos. Así, un templo de arte que se hunde, es un pedazo de vida humana que cae en el abismo.

Y he aquí que la guerra estalla. Odios, codicias, ambiciones malsanas, se apoderan de la tierra. El monstruo de acero truena, y de su boca de fuego sale la bala mortífera. Ciega como la pasión que la disparó, no sabe dónde va á caer, ni qué daños va á producir. Allá va, entre el torbelli-



Detalle de uno de los pórticos de la Catedral de Reims

no del aire, rugiente, asoladora..., y entra en el rosetón calado de vidrios policromos, deshaciendo en un punto aquella flor de luz que alumbró los éxtasis de santos y devotos. Rota la vidriera, cae en pedazos al suelo, y los fragmentos de sus cristales, que fueron rostros de vírgenes, alas de ángeles, nimbos de santidad, resplandores celestiales, parecen, al refulgir sobre las losas de mármol, gotas de sangre. Sí, alguien ha muerto allí. No es la materia lo que se ha deshecho. Es el corazón de un pueblo que ha sido destrozado por el proyectil, y ese corazón, que ardía al ser iluminado por el sol, era algo que latía en ritmo de siglos, sintetizando el amor

de los hombres. ¿Y la humilde iglesia de la aldea, que es también una obra de arte fundada por la piedad del Municipio ó por la largueza del Señor de la tierra?... Ella era el orgullo de la comarca. El encanto sugerido de su sombra dió vida á más de un artista que, huyendo de la vulgaridad de la vida lugareña, buscaba en los claustros solitarios espacio y reposo para sus sueños. Chateaubriand ha dicho: «No es seguro que haya nunca creado un poeta Quintiliano con su magisterio retórico, ni Horacio con su carta á los hijos de Pinson, ni Boileau con su teoría crítica; pero sí es cierto que en el ámbito de los templos románicos, bizanti-



Vista interior de la Catedral de Arras

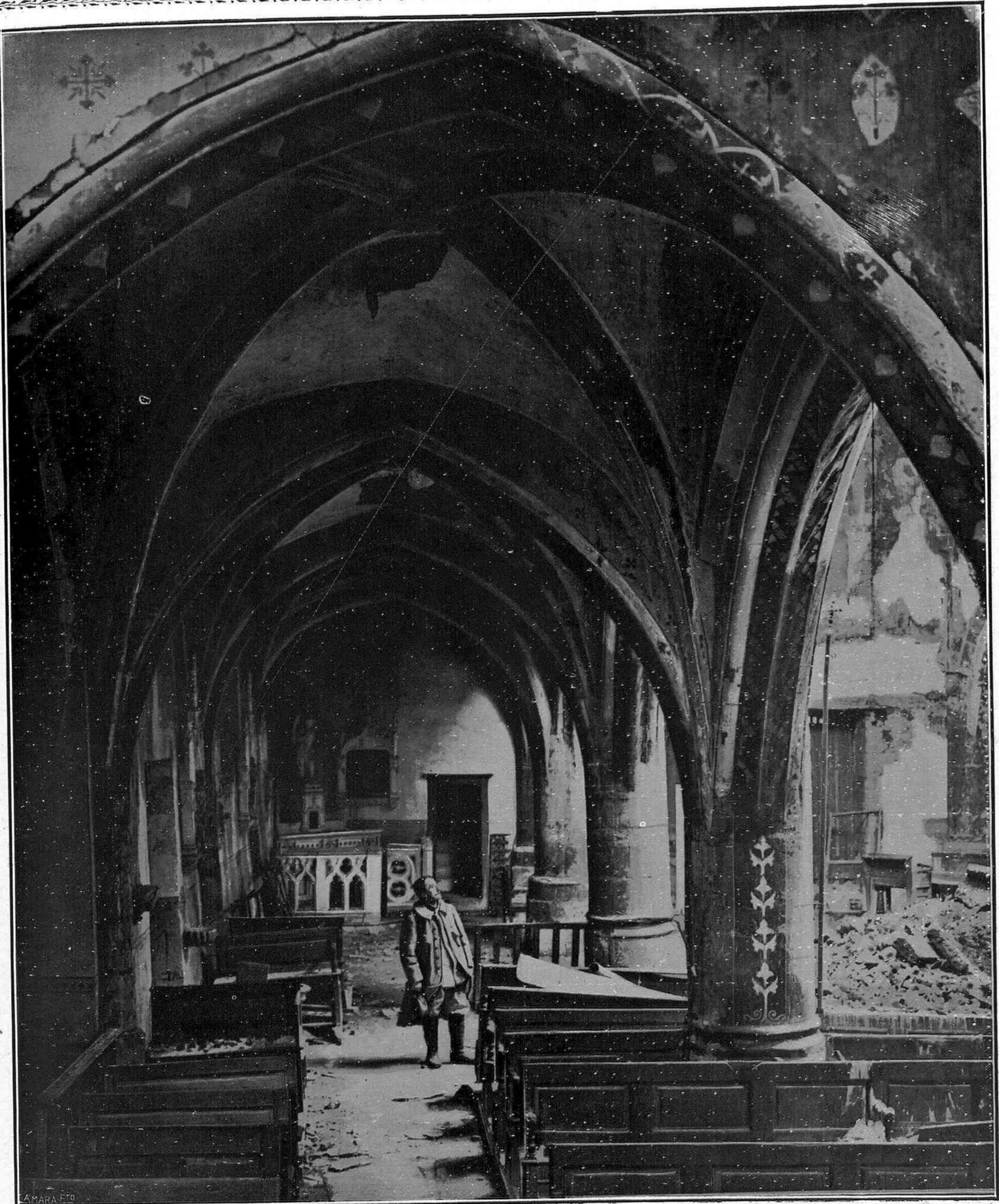
nos y góticos se ha engendrado toda la estirpe de los nuevos literatos. Por eso yo tengo el alma gótica y el estilo ojival...» De suerte que los cañonazos que hunden iglesias bellas, lo que hacen es cerrar escuelas estéticas.

Hay que pensar en el retorno del ausente, del que se fué mozo á América, prometiéndose regresar á su pueblo natal cuando la fortuna le fuese propicia, y después de la lucha y de la victoria en el país extraño, acabada la guerra, viejo ya, se pasee por donde paseó la edad primera. Colocad mentalmente la figura de este francés emigrante en cualquiera de los gra-

bados que aquí aparecen, ya bajo los rotos arcos de ese templo del Somme, ya sobre un montón de escombros de lo que fué iglesia de Villers-Franqueux, y no será necesario que la imaginación se os fatigue para que adivinéis la amargura del que se cree lejos de la patria porque falta en ella el rincón amado, el claustro en que de niño estuvo con su madre cuando sonaba la campana llamando á los fieles. Estas cosas, que se van porque las arrastra el huracán fiero de la guerra, son tan necesarias para vivir como el aire que respiramos.

En una de estas fotografías, en la que copia la parte superior de uno

AMARANTO



La iglesia de Clermont, en Argonne

de los pórticos de la Catedral de Reims, hay una figura que he contemplado largamente antes de escribir esta impresión. En la que se halla bajo el arquillo de la izquierda, y mirando á Cristo crucificado que se destaca en el arco culminante, parece dirigirse á él en demanda de justicia y de perdón. Allí, y de esta manera, y en esta figura emblemática, puso Roberto Coucy, el poeta creador de la Catedral, el ansia desesperada del dolor humano. Tal vez la iniquidad ha movido los labios pétreos de esa imagen en los días de tristeza. Por allí pasaron los Reyes y los Emperadores para ser ungidos en el tabernáculo histórico. Por allí desfiló el triunfo de los

malvados. Por allí cruza ahora, á cada instante, la hueste que mata, y en torno cae el diluvio de plomo y llamas. Aún está en pie esa figura. Todavía no la ha alcanzado el proyectil. ¿Será, por fin, escuchada la muda súplica que desde ha tantos siglos brota sin palabras del corazón, escondido en la masa de piedra modelada?

En otra de estas fotografías, la de la fachada de una iglesia, cuya hermosura aumenta por la profanación de las mutilaciones, hay una imagen que parece representar á la Virgen con el Niño en los brazos. Una bala ha descabezado á la Madre angélica; y el Divino Infante sigue indemne. ¿Es

CAMARA FOTO



Ruinas de la hermosa Catedral de Yprés

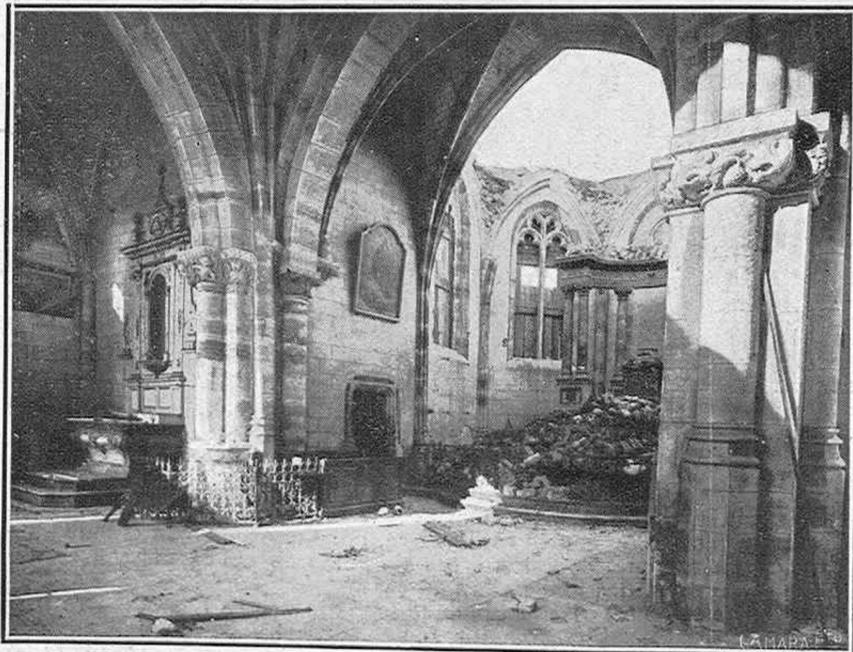
eso un signo de la nueva existencia de reparación que vendrá después de tantos horrores?... La espantosa perturbación de ideas que embarca el ánimo, autoriza ó disculpa los más ilógicos pensamientos. Como el navegante perdido en la inmensidad de los mares solitarios siente renacer su esperanza cuando pasa sobre la rota

vela un ave ó cuando salta delante de la proa un pez volador, é imagina que el rumbo de una y de otro le marcan el camino de salvación, así ahora esperamos hallar en lo que parece casual la noticia anhelada. El Hijo de Dios, el Santo Infante de Judea, conservándose sin daño en medio del vendaval de muerte, ¿no será un anuncio de la

paz?... Ría el que quiera. La risa es fácil; pero un poeta francés ha escrito:

*«Dans les projets de l'homme et ses folles visés
la Providence a du se garder une part
c'est ce que le vulgaire apelle le hasard.»*

J. ORTEGA MUNILLA



Interior de una iglesia, en el Marne



Ruinas de una iglesia, en Champagne

MAURA, ARTISTA DE LA ORATORIA

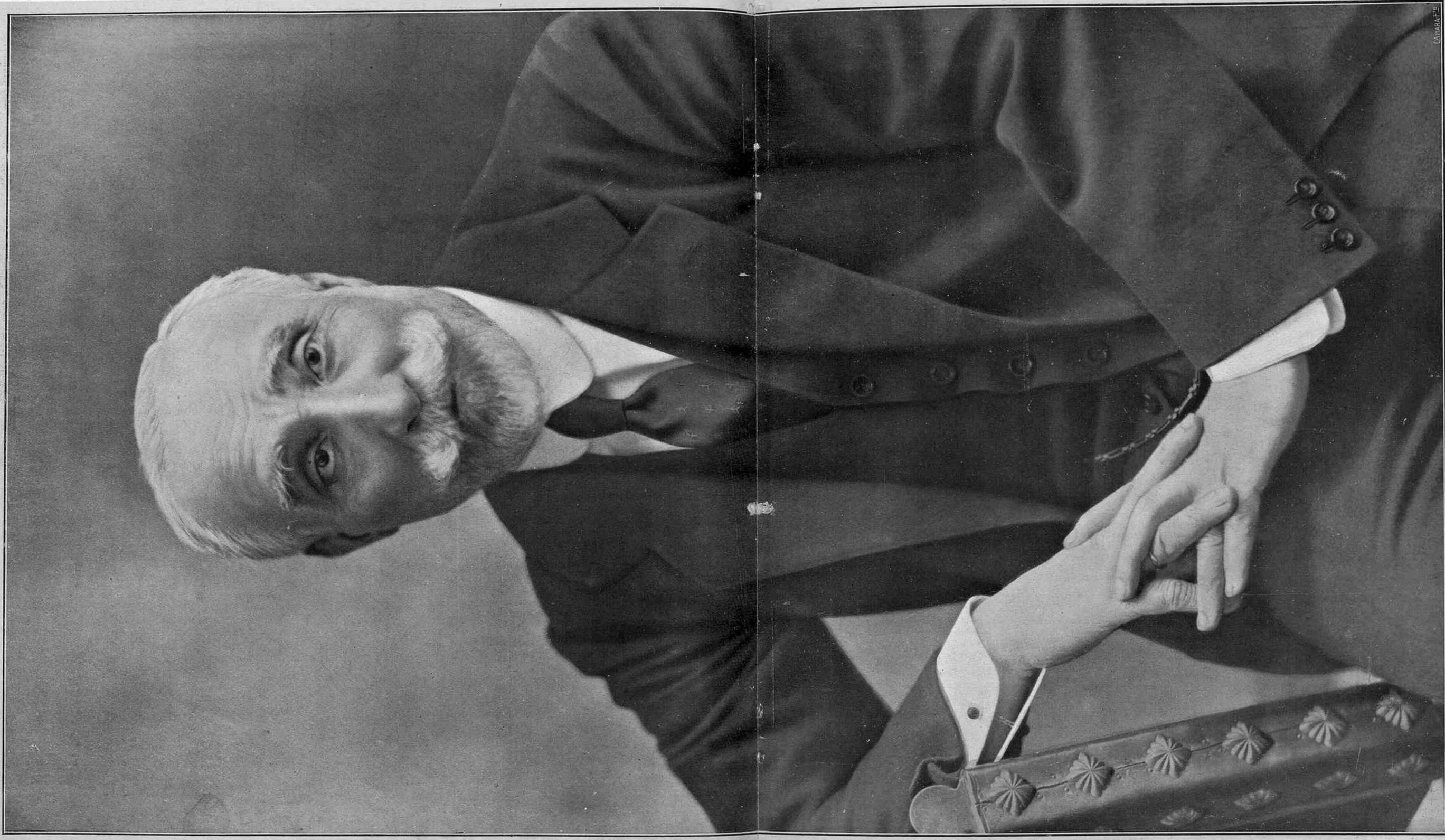


Maura, ante todo y sobre todo, es un artista de la palabra. Artista por el gesto, por la actitud, por la mirada. Artista soberano, que domina á las multitudes con el sorileglo de su voz y el arrogante ritmo de sus ademanes. Hemos oído varias veces á Maura, y el último discurso es siempre el más gallardo de forma, el de más expresión, de más calor, de más fuerza emotiva. Los pensamientos fluyen envolviéndose en los divinos adornos del lenguaje, y las palabras tienen unas

veces quietud de remanso y otras adquieren el vigor que les presta la actitud enérgica y grandiosa. Siempre, sobre las ideas, brilla y triunfa el arte del orador, de este hombre excepcional, que parece destinado á ser guía de muchedumbres exaltadas. En el acto celebrado el domingo, 29 de Abril, en la Plaza de Toros, pronunció D. Antonio Maura un discurso que será memorable en los fastos de la política española.

FOTS. ALFONSO Y CAMPUSA

CÁMARA-FID



Maura

D. ANTONIO MAURA

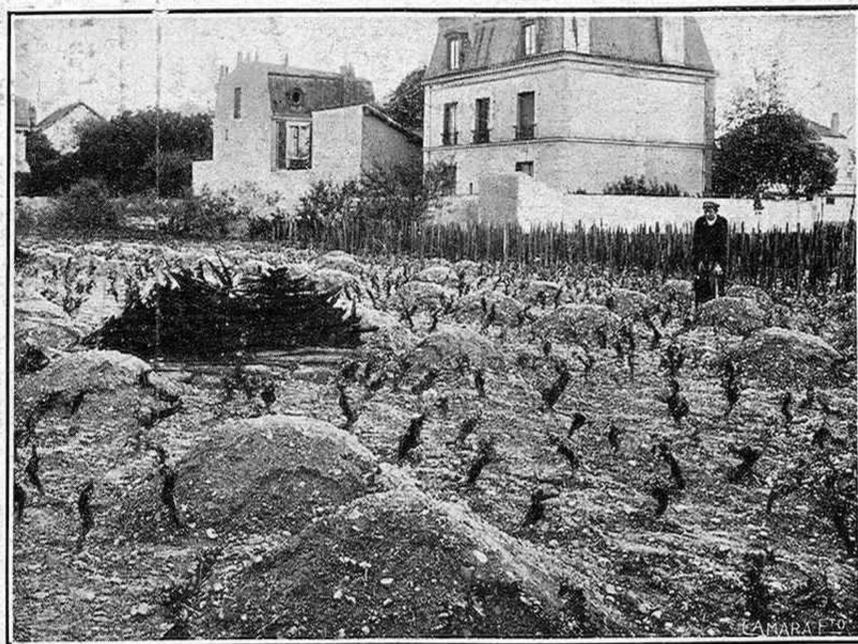
Insigne estadista español

FOT. KAULAK



CAMARA FOT.

¿DE ARGENTEUIL Ó DE ARANJUEZ?



Aspecto de una plantación de espárragos, en Argenteuil



Selección de raíces de espárragos, antes de la plantación

SEALVO, señora mía, que la mayor parte de los espárragos que se venden en Madrid no son de Aranjuez, en todo lo demás tiene usted razón. Los de Argenteuil no son mejores, pero están mejor cuidados. Acaso, hoy, en la Rioja, se críen los espárragos con tanto esmero como en la región francesa, y, sin embargo, no llegan á tener el sabor delicado y el suave perfume de los que se crían entre las frondas que riegan el Tajo y el Jarama. Y es que en Botánica, como en Retórica, lo que Naturaleza no da, Salamanca no presta. No hay Universidad, señora mía, que logre producir espárragos verdaderamente buenos, fuera de aquella zona donde la Naturaleza quiso ponerles todas las excelencias. Y lo que ocurre con los espárragos, ocurre con los melones, ó con los pepinos, ó con los estu-
diantes.

No es esta una cuestión baladí. Cuando leemos las estadísticas de la Dirección general de Aduanas y vemos que la naranja que enviábamos al Extranjero en tiempos normales—antes de la guerra, claro está—, valía cerca de ochenta millones de pesetas, y que la cebolla representaba doce millones, y los ajos ocho, y otro tanto las nueces y las castañas y las avellanas, pensamos que, con más baratos medios de transporte, con más líneas de navegación, con otro régimen fiscal—con otros políticos, en fin, que ellos son los que están destrozando esta nación—, España podía ser mucho más rica de lo que es.

No hace muchos años, unos industriales de Bilbao planearon el siguiente negocio: cada madrugada saldría de la Rioja un tren rápido que recogería en cada estación de su tránsito verduras, frutas y legumbres. Ese tren llegaría á Bilbao, donde transbordaría su carga á un vapor de buena marcha que zarparía en seguida para el Támesis, y pondría en el mercado de Londres la admirable producción de la Rioja en condiciones de alcanzar los más altos precios.

Logrado el éxito,

se proyectaba plantear el mismo negocio para Hamburgo, para Copenhague, para Stokolmo, para Riga y aun para San Petersburgo. Ved qué río de oro inglés, de oro alemán, de oro danés, de oro ruso, había de ir fecundando las huertas de la Rioja. Pues no pudo plantearse el negocio porque no se concebía poner un tren rápido para transportar pimientos y tomates, sino un carreta pausado y lento, ni se podía llegar á un precio de facturación mínimo, ni se podía tener la seguridad de contar diariamente con todos los vagones necesarios.

Yo creo, señora mía, que hay melones que valen más que muchos viajeros y que son más útiles á la Patria; pero las Compañías de ferrocarriles creen que sólo las personas tienen derecho á ir de prisa en los trenes. El hecho es que ahí quedó el negocio de los bilbaínos, que era patriótico.

Pues con los espárragos de Aranjuez ocurre algo semejante. Nosotros podríamos echarlos á pelear con los de Argenteuil, porque ese echarlos á pelear podría representar para España muchos miles de pesetas, si en Aranjuez se produjeran espárragos suficientes para organizar con ellos una exportación, y si, luego, tuviéramos medios de organizar esta exportación.

Hace ya algunos años que comenzaron los Estados Unidos á pedir á España melones. Se exportan de la periferia, de los lugares que tienen muy cerca el puerto de embarque; pero Villaco-

nejos, por ejemplo, y otros pueblos de las provincias de Madrid y Toledo, que poseen pegujales excelentes, no lograrán enviar á Nueva York uno solo de sus riquísimos melones.

Claro es, señora mía, que no se debe pensar en la exportación cuando no hay superproducción, esto es, cuando lo que se exporta no es el sobrante que ha quedado después de atender al consumo propio. En el caso de los espárragos, preciso es confesar que Aranjuez produce la décima parte de lo que debiera producir. El típico oasis, todo frondas, paseos y jardines, podría sustentar una población de treinta mil almas, si se pusieran en cultivo todas sus aranzadas fértiles. La fresa y el espárrago, sobre todo si se forzara un poco la producción para anticiparla algo, se venden á tal precio, que aquellos campos podrían ser de oro, las verdaderas minas que enriquecerían á los labradores.

En Argenteuil vale una hectárea de terreno de cultivo tanto como vale en el centro de la ciudad el terreno para edificar; en Argenteuil la selección de los esquejes y raíces para las plantaciones de los espárragos y el cuidado diario de irlos cubriendo de tierra para que no les dé el sol, y luego el hacer los mazos con ejemplares parecidos y el sujetarlos con cintas de seda y coquetones lazos, ocupa á tantas mujeres, que casi no hay una en la ciudad que no gane su buen jornal en esta industria.

Si, sobre todo esto, hubiera, señora mía, un cocinero que inventara un nuevo guiso para los espárragos, sería cosa de hacer una cruzada para pedir que todo Aranjuez se convirtiese en plantío de espárragos y cada mazo llevase su certificado de origen, porque buenos son los espárragos que se crían en Valencia y en la Rioja, en Andalucía y en Aragón; pero, señora mía, tiernos y suaves, gustosos y perfumados como los de Aranjuez, ni los de Argenteuil ni los de ninguna parte.



La recolección de espárragos, en Argenteuil

MÍNIMO ESPAÑOL



"El rapto de Europa", cuadro de Veronés

YA NO HAY FLORES...

Ya no hay flores, ya no hay flores en los jardines de Francia porque un feroz jardinero con su mano las cortó; ya se han muerto y han perdido su color y su fragancia, dobladas sobre sus tallos las rosas del Trianón.

Ya no hay flores, ya no hay flores en los mágicos jardines de Italia, donde reía con áureas risas el sol, y las azucenas blancas y los nevados jazmines son, bajo el cielo impiadoso, como rosas de pasión.

Estás yermos y asolados los campos de Picardía, que temblaron orgullosos bajo el dominio español; son rincones de silencio los huertos de Lombardía, donde antes tejieron romances para el amor.

No resbala saltarina el agua sobre las peñas ni sus encajes de espuma llevan su trémulo son sobre verdes praderías, por los bosques y las breñas, donde antes tuvieron ritmo y fueron cadencia y voz.

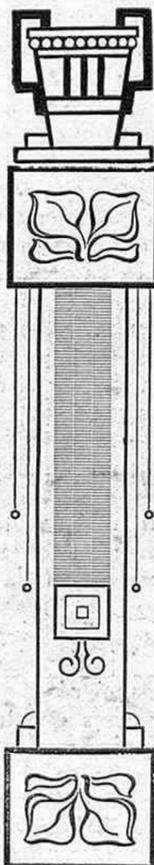
Ni recorre bulliciosa el cauce de los molinos, donde un viejo molinero de tristeza se murió, ni desliza los rumores de sus besos cristalinos, como una mansa caricia, por el profundo atañor.

Ni es un iris de colores de magníficos cambiantes en los mármoles labrados del anchuroso tazón, donde bordara con gotas como estrellas y diamantes los floridos arabescos del gallardo surtidor.

Ya no hay flores, ya no hay flores en los huertos provenzales, ni en los campos del Veneto tienen los lirios color, ni en las tierras del Bravante resplandecen los rosales...

¡Un extraño jardinero con su mano los mustió!
No canta el agua en los campos, ni ríe en los surtidores, y, entre sombras, el Oisa se va alejando veloz, sin músicas ni cantares, sin murmullos ni rumores...
¡Un guantelete de guerra sus voces enmudeció!

En el azul transparente no destrenza sus cabellos de luz, Urania, ni ríe con áureas risas el sol, ni es el aire luminoso una hoguera de destellos...



¡Una espada deslumbrante con su brillo la apagó!
De lejos vino el guerrero, con siniestra cabalgada que levantaba á su paso fuerte y trágico rumor; con un águila gloriosa en la testa coronada, jinete en corcel overo de gualdrapas con blasón.

Las lanzas de su cortejo brillaban como centellas sobre el haz de la llanura silenciosa de pavor; ceñía espada de oro, calzaba espuela de estrellas y traía azul la capa, igual que Napoleón.

Al galopar los corceles sobre las aguas dormidas, sobre los huertos risueños, sobre los campos en flor, gimieron en un acorde mil voces estremecidas, como si juntas salieran de un enorme corazón.

Temblaron los viejos claustros de magníficas arcadas, las góticas catedrales, santuarios del fervor, y los mármoles floridos y las piedras cinceladas y las ruinosas capillas, remansos de la oración.

Enloquecidas las ninfas de los bosques centenarios, se ocultaron en la fronda de rumoroso verdor, y las pálidas nereidas de los ríos legendarios sepultaron sus encantos en el lecho temblador.

Los revueltos amocillos se agitaron como rosas y apagaron temerosos los arrullos de su voz... ¡Y brotó un raudal de sangre en las aguas espumosas y un fiero canto de guerra á los cielos se elevó!

Los húsares de la Muerte dieron al aire sus lanzas, los marciales coraceros redoblaron su furor, y la recia cabalgada tronchó flores y esperanzas en una loca carrera, en una gesta feroz.

Y ya no hay lirios azules en tierras de Picardía, ni en el azul transparente tiene sonrisas el sol, ni resplandecen de gloria los huertos de Lombardía, ni se yerguen en sus tallos las rosas del Trianón.

José MONTERO

CUENTOS ESPAÑOLES



La conducción

CUANDO la cuerda de presos salió de la estación del Mediodía, ya eran muy pasadas las nueve de la noche.

El hacinamiento de tanto hombre en el angosto y sucio coche celular; el calor, y más que nada lo largo del viaje, puso á los miserables delincuentes las cabezas pesadas, los pies tardos, el espíritu entontecido.

Como bestias que, fatigadas del arado, veían á la cuadra, así ascendieron los miserables la cuestecita que da acceso á la explanada de Atocha.

Un airecillo suave les animó un tanto, y con lentitud, y siempre acoplado su paso al de los civiles que les daban escolta, comenzaron á caminar prado arriba.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el «Baratero».

—¡Ay, Dios mío!—suspiró, más que dijo, José Luis.

—¿Qué le pasa? ¿Se pone usted malo, don José?

—No; no es nada...

Igual que el famoso ladrón, el resto de la cuerda de presos interesóse por el joven que suspiraba.

—¡Lástima de chaval!—dijo uno.

—¡Con lo que él vale!...

—¡Digo! ¡Tíe mas talento! A mí me hizo un verso que he mandao á mi chico pa que lo

ponga en la sepultura de mi pobretica Daniela.

—Esa... ¿no era tu mujer?

—La misma. ¿Qué hay?

—Na, que ó yo he oído mal, ó tú mismo fuiste el que la dió *mulé*.

—¡Desgraciadamente! ¡Las malas lenguas! Me dijeron que si esto, que si lo otro, y, ¡claro!, me cegué. Ya sabes, catorce *puñalás*. ¡Pobrecica! Por eso, diciendo la *verdá* y mi pena, me hizo D. José Luis un verso que mi hijo colocará en su sepultura.

A la mirada de un civil, bajaron la voz.

Cuando esto acontecía llegaban los aherrojados á la plaza que parece vigilar el dios Neptuno.

—¿Qué será esto?

—No te sé decir—respondió el «Murcia», famoso criminal que en las márgenes del Segura fincó de guapo.

—Don José Luis, usted que tóo lo sabe, sabrá también de quién es esa estatua...

Y el joven propagandista de ideas disolventes respondió con cariño:

—Es la fuente del dios Neptuno, rey de los mares. Allá arriba, á la derecha, está el Congreso de los Diputados, ó séase el Palacio de las Leyes, y la casona vieja que hace esquina, morada fué de la caritativa marquesa de Squilache.

Parecía José Luis en su charla con los presidiarios un sacerdote que quisiera inculcar en aque-

llas almas rudas la religión del Arte y la Belleza.

Muchas veces, en el patio del presidio, juntaba á su alrededor buen número de reclusos que le escuchaban boquiabiertos; otras, con la venia del director, explicaba puntos de arte ó hacía miscelánea de viajes ó aventuras, y no faltó tampoco cristiana oración á la que otro delincuente, músico y homicida, pusiera solfa y cantárase luego por el coro del presidio.

—¡Es mucha cabeza la suya!

—Y, además, es muy *güeno*...

—Delante de mí—advirtió el murciano—no hay quien le toque al pelo de la ropa...

Desde el día aciago que un mitin de propaganda no acertó á poner rienda á sus sueños, rodando está José Luis de prisión en prisión, que una vez caído, diéronse prisa jueces y escribanos á buscar y rebuscar causas que en contra suya fraguaran y que antes no pudieron llevar á término por la prisa que sabía darse el mozo en huir de la justicia.

—¡Poco vivo que es! De Toledo se las *guilló* vestió de melitar. De Ronda, esto lo vieron mis ojos, salió embozado en un manto que un clérigo admirador suyo le *emprestó*.

—¡Eso es ser un amigo!

—Pero lo que tíe la gracia del mundo fué lo de Sevilla... Fingiéndose mozo de hotel sirvió la

comida y tomó la propina, ¿de quién dirás tú?, de dos polillas que iban á su caza.

—¡Tié mucho talento!

—Si hubiera salido de los míos—terminó el «Baratero»—, ni Candelas...

Ya que no en la plaza pública, en las tabernas, en los campos, en el fondo de las minas igual que en el ténfer de las locomotoras, á grupo ó á individuo, iba el iluso de José Luis predicando una era de paz y amor que le llevaría más tarde ó más temprano á la cuadra de un infecto y miserable presidio.

A responder de dos procesos por injurias traíanle al mozo desde el penal de Ocaña. En su cuerda venían también como transeuntes el «Baratero», que iba á Burgos; el «Murcia», á Santoña, y su amigo y hermano en predicación y dolores Juanito del Olmo, que, ya condenado, caminaba á la penitenciaría del Ducso.

—¿Vas triste, Pepe?—interrogó Juan.

—¡Muchísimo! Hubiera sido mejor llegar á Madrid de madrugada.

—¿Y qué más da?

—¿No ves?...—y al contestar indicó con la mirada el cercano paseo de Recoletos, á aquella hora lleno de gente.

—¿Te duele el recuerdo de nuestros paseos por él?

—No; no es eso...—replicó el propagandista—. Es otra cosa lo que me apena...

Y al decirlo echóse con la mano libre el gorro á la cara, y con la misma mano y un sucio pañuelo quiso cubrir su rostro...

En el firmamento, muy azul, brillan las estrellas; por la angostura del paseo cruza riendo y charlando la juventud y el amor; una banda de música lanza agudas notas que, gracias al ruido que producen los paseantes, martirizan menos, y en tanto la ristra de hombres que lleva á espaldas de su conciencia crímenes, errores ó ma'idades, avanza con pausada lentitud por el ancho andén. Pasan unas damas elegantes sin mirar...

—¡Vaya unas mujeres!—exclama un joven delinciente, de mirar agudo y gesto canalla.

—¡Ay, si nos soltaran!

—¡¡Dios no lo quiera!!

—¿A qué dices eso?

—Toma... porque alguno de la cuerda quízás que fuese á manos del *buchi*. Yo, la verdad, no quiero ascender á sitio tan *elevao*...

El recuerdo de la muerte pone freno á los decires.

Del paseo, al darse cuenta de la conducción, acuden curiosos que en silencio miran á los amarrados.

—¡Pepe Luis! ¡¡Pepe Luis!!—dice Juan del Olmo—. Fíjate en la última fila de sillas; están Corbalán, Carrére, Dicentita...

—¡No mires!—ordena en voz baja—. ¡No mires! De seguro que nuestro gran poeta dirá á los amigos alguno de sus tristes madrigales...

*¡oh, la infinita tristeza
de la amante mal vestida!*

—¡Ahora miran ellos!...

—¡Por Dios, baja la cabeza!

Hay un silencio; luego, el joven apóstol exclama, reconcentrada y tristemente:

—Si han terminado la labor, ¡pobrecitas!, de seguro que mi madre y mi hermana pasearán también... ¡si me vieran!... ¡No, no! ¡Qué vergüenza! ¡Qué dolor!

Calle de Génova arriba va la conducción. La mirada de los civiles, que marchan serios y mudos, hace callar á los conducidos. Más que hombres que caminan semejan sombras que cruzan.

—Cuando pasemos por el paseo de Areneros—dice José Luis á su amigo—fíjate; en una tiendecita del número 5 vive mi madre. ¡Yo no quiero mirar; no quiero que me vea!... A la sombra de éste—y señaló al «Baratero»—me ampararé... ¿Oyes? ¿Mirarás?

—No pases cuidado, miraré...

Un tranvía cruza ve'oz; luego un auto; después una manuela con mujeres que cantan y borrachos que aplauden.

La luz de un cinematógrafo, dando de cara á los presidiarios, háceles bajar la cabeza.

En la acera, un padre dice á su hijo:

—Mira, ¡es la cuerda de presos! Nunca seas malo para no ir así...

—¡Pobrecitos!—exclama una anciana.

—¡Carne de horca!—dice desde la puerta de su tienda un prestamista.

Y la cuerda pasa, y la gente mira...

Por frente del Hospital de la Princesa va.

El cruce de una camilla, tras de la que llora una mujer, detiene su marcha; luego se reanuda con igual lentitud, con idéntico pataleo.

—¿Te fijarás, Juan?—pregunta de nuevo José Luis.

—¡Me fijaré!

Unos pasos más y la casa número 5 del paseo de Areneros está á la vista.

—¿Hay alguien?—interroga nervioso el mozo.

—No; no se ve á nadie—dice el amigo.

—¿A nadie?

—A nadie—responde temblón Juan del Olmo—. A... nadie; pero... no mires...

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¡Nada; pero... no mires!

La duda, el recelo, el presentimiento... ese algo que viene no se sabe de dónde y siempre nos dice de males y desgracias, musita al oído de José Luis una frase de dolor. Levanta la cabeza; apenas dice un «¡Madre mía!» ahogado y triste, apenas dice un «¡Madre mía!», ahogado y triste,

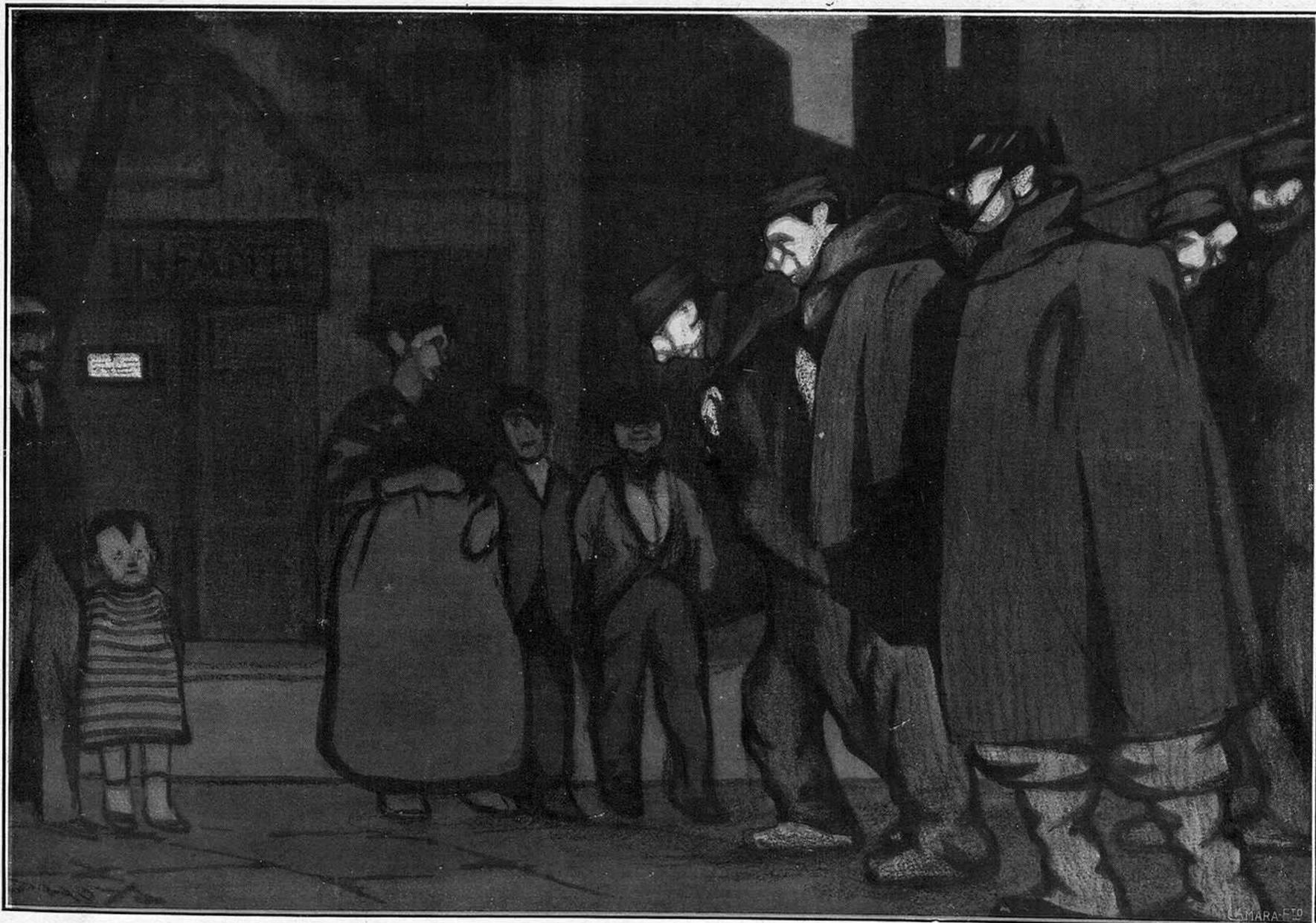
En la puerta de una tiendecita que sobre fondo azul tiene un blanco letrero que dice:

EL EQUIPO INFANTIL,

hay pegado un ancho pliego con franjas de luto...

DIBUJOS DE DHOY

FERNANDO MORA



LAMARA-ETD

RASGOS DE LA RAZA

EL DESAFÍO DEL ESTUPENDO CABALLERO D. DIEGO DE MONSALVE

MERCED á la fotografía, hemos podido salvar del olvido una preciada reliquia que campeaba, como noble ejecutoria de la raza, en la antigua *Plaza de la Yerba*, hoy confirmada ya con otro nombre, aunque todos en Zamora la señalan con el antiguo.

Debió esta plaza su denominación á un acontecimiento ocurrido por el año 1531, que, llenando de temores y sobresaltos á la capital, dejó glosada una de las páginas en que más claramente se vendrá en conocimiento del heroico y esforzado temple de nuestra raza.

En una de las reuniones que la nobleza celebró por aquella época en el templo de Santa María la Nueva, á propósito de una discusión de poca monta entre el anciano caballero D. Diego de Monsalve y el joven y gallardo D. Diego de Mazariegos, los pocos años y los muchos bríos hicieron á éste perder la discreción y el respeto, y arrancando el báculo del viejo, hubo de golpearle con él sobre la frente, hecho lo cual salió del templo entre la natural confusión.

Quedó el anciano Monsalve herido de muerte con la afrenta; escribió á sus hijos, ausentes á la sazón, contándoles el suceso y rogándoles que de él no tomaran ninguna clase de venganza, y murió á poco. Todas estas tristes nuevas llegaron hasta Corón de Grecia, donde el hijo mayor de Monsalve se hallaba como capitán valeroso y esforzado.

La ira y el dolor dieron con él en tierra, presa de un síncope, vuelto del cual, sus amigos le instigaron á tomar reparación de la afrenta, con la promesa de matarle á él si en el término de dos años no daba remate á tal empresa de honor.

Sus amigos y paisanos ayudaronle á recabar permisos para el viaje y licencia del Maestre de la Orden á que pertenecía; juntaronle más dineros sobre los 8.000 escudos que del saco de Corón le pertenecieron, y á su tierra natal volvió el de Monsalve, con varios de sus amigos—Bernardo Sotelo entre ellos—con la espada preñada de coraje y el corazón rebosante de bravura.

Comedido y cortés, en cuanto Monsalve sentó sus reales en España, mandó una misiva á Mazariegos, emplazándole para el desafío en una isla del Duero cercana á Fariza, dejando á su elección las condiciones del encuentro.

No anduvo, á lo que parece, muy diestro en acudir el de Mazariegos, pues dando ocasión á

que el Corregidor se enterase, mandó prender á Monsalve, lo que no se logró porque el retador cambiaba de lugar á cada paso.

Así las cosas, un día sorprendió á los zamoranos la lectura de unos carteles fijados con profusión por la ciudad, en los cuales Monsalve, luego de relatar lo acontecido, retaba nuevamente al ofensor de su padre, emplazándole para el término de dos meses, que aguardaba en Portugal su respuesta, haciendo constar que, transcurrido este tiempo sin la consiguiente satisfacción, se valdría de cuantos medios estuvieran á su alcance para lograr la reparación debida, *ya con armas arrojadas, aventajadas, de fuego, y de otra cualquier manera, aunque sea con tósigo ó ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de hombres.*

Estas fueron las últimas palabras que el de Monsalve estampó en su cartel de desafío.

Ninguna respuesta dió el de Mazariegos, ni

parecía cuidarse gran cosa de las últimas advertencias contenidas en el cartel desafiador; pero hubo de rectificar bien pronto porque notó unos rumores subterráneos alrededor de su palacio, que le hicieron recurrir al Corregidor, quien descubrió una mina trazada desde una casa contigua y encaminada á la mansión de Mazariegos.

Ya éste tomó en más cuenta la advertencia y puso en mejor recaudo su persona, ocultándola en un monasterio; el cual asaltó una noche Monsalve, entrando con dos amigos por una ventana. Gracias al tino de los monjes no se hallaron allí frente á frente los litigantes; pero estos y otros acontecimientos, prolijos de relatar, agriaron tanto las pasiones entre las familias de ambos mozos, que, aprovechando la circunstancia de hallarse sus viviendas fronterizas, comenzaron á entablar tan enconada lucha, que en mucho tiempo hubo de paralizarse totalmente el tránsito por aquel sitio, donde la hierba creció salvaje y enmarañada, como el odio de aquellas familias, dando motivo á que se le denominara *Paza de la Yerba*, de allí en adelante.

Estaba suspenso el caso, cuando una mañana, haciendo detener la procesión del Domingo de Ramos, que por las calles de la capital pasaba, cuatro jinetes bien enjaezados pregonaron que á quien dijese el paradero de Mazariegos á Monsalve, le serían entregados 500 ducados por el

vecino de Zamora Gregorio Sotelo. Para terminar con una situación tan enojosa, se convino, al fin, en algo que diese los pacíficos resultados apetecidos y, en su consecuencia, Mazariegos fué á postrarse ante el sepulcro del ofendido anciano é hizo allí una retractación, de la que tomó nota un escribano, y fué enviada á Monsalve, concertándose también el lugar en que los dos contendientes habían de hallarse para la reconciliación.

Así que se hallaron los dos, con los jueces y testigos en el *Campo de la Verdad*, avanzó Mazariegos hacia Monsalve y, mostrándole una carta, le dijo:

—Vea vuestra merced lo que vuestro padre os recomienda aquí.

Era la misiva en que el anciano rogaba á su hijo que no tomase venganza alguna y que defendiese á Mazariegos, como á su deudo que era.

—Aquí—replicó Monsalve—habla mi padre



Palacio de Monsalve, en cuyo escudo estuvo muchos años colgada la espada de Mazariegos

como cristiano, pero á mí me toca obrar como caballero.

Entonces Mazariegos, tomando su espada por la punta, se la entregó diciendo:

—Suplico á vuestra merced tome esta espada y haga misericordia de mí como de su rendido.

Tomóla Monsalve con gallardo continente, y pasando la punta á la guarnición, dijo en voz alta, para que fuese oído de todos:

nado; pero el inflexible caballero, mostrando la suya, respondió:

—Con esta defenderé yo al señor de Mazariegos cuando lo haya de menester, que la vuestra merced reclama no tendrá valor de aquí en adelante.

—Mejor será la mía para ese caso—replicó amostazado el demandante.

—Esto por ver está—añadió Monsalve—y en

Allí estuvo muchos años, frente al otro solar de donde un día salió la afrenta para el anciano Monsalve, y dicen que durante todo este tiempo permanecieron cerradas las puertas y ventanas de los Mazariegos para no ver aquel permanente pregón vejatorio.

Y allí siguió y siguió muchos años, hasta que llegó el último día de Mazariegos. Entonces la mandó descolgar Monsalve y se la llevó á la



Una pintoresca encrucijada de la ciudad de Toro, en la que se halla el antiguo palacio del caballero Monsalve

—Doy muchas gracias á Dios porque ha traído á vuestra merced á este convencimiento. Viva vuestra merced en paz de hoy en adelante, y si alguno le agraviase, avíseme, que yo le desagraré y satisfaré á todo mi poder.

Y metiendo su daga en la vaina, se quedó con una espada en cada mano.

Bien entendieron todos la humillación de aquellas palabras; pero lo de quedarse con la espada del rendido era cosa que no entendían igual.

Uno de los amigos de Mazariegos se llegó á Monsalve á reclamar la espada para su patrocini-

parte se halla vuestra merced donde poder probarlo si quisiéredes.

Intervinieron todos los allí presentes con grande y buena voluntad, y á esto se debió que no terminase en duelo la concertada reconciliación. Pero no consiguieron reducir la inquebrantable resolución de Monsalve.

Con la flamante espada de Mazariegos se quedó; y la preciosa arma, de templado y reluciente acero, enjoyada ricamente en la guarnición de los gavilanes, la colocó Monsalve atravesada sobre el escudo de piedra que campeaba en la fachada.

ciudad de Toro. Ya muerto el ofensor de su padre, le era poco grato vivir en el lugar de la ofensa, y fué á pasar el resto de su vida á su casa toresana.

Hasta hace bien poco, quedaba en pie el torreón principal de la casa de Monsalve. Ya no se veía sobre su escudo la famosa espada, pero sí se recordaba el temple de su estupendo vencedor, como un eco heroico de lo que fué la raza, esta raza ibérica tan desgastada por las desventuras y los reveses.

JULIO HOYOS

DIVAGACIONES INCONSISTENTES

LA LUNA Y EL NIÑO

DÓNDE vive la luna?—pregunta el chiquitín de cinco años á su padre.

- En el cielo.
- Pero ¿dónde se mete por el día?
- En las nubes.
- Y cuando llueve ¿se moja?
- Claro.
- Y si se moja ¿por qué no se apaga, papá?
- Porque es un globo de cristal y la luz está dentro.
- ¡Ah! ¿Como las lámparas de casa?
- Como las lámparas de casa.
- Papá, ¿y quién la enciende?
- Los angelitos.
- ¿Y no la estropean? ¿Por qué no la estropean, papá?
- Porque son unos niños muy formales y la encienden con mucho cuidado.

Interrumpe entonces el niño su interrogatorio interminable, y elevando la vista se embelesa en la admiración de la áurea pompa que realza el azul profundo de la noche.

Ya, desde mucho tiempo antes, mamoncillo de nieve y de rosa, quiso cogerla y atarla de un fuerte hilo á la cabecera de su lecho. La luna, ardiendo en lo alto, inaccesible é inapresable, despertó en el pecho del pequeñuelo esa sed de belleza y de imposible que sólo aplacará el agua densa y amarga de la tumba. Ya se dedicó á alzar los ojos, á presentir en el cielo estrellado de las noches anhelantes un bazar repleto de maravillas más maravillosas que las que se hallan en los bazares de la tierra. El espíritu, no moldeado aún, del chiquillo, vaso casi sin esencia, comenzó á trasminar suave olor, porque la luna, su primer embeleso, mora en una cumbre, y en las cumbres todo, hasta el pensamiento del hombre, es fragancia.

ooo

Padre é hijo pasea: al atardecer por el parque. Canta el agua del surtidor; ríe el aire en el verde corazón de la fronda; tañe el ruiseñor su flauta excelsa; el prodigio vespertino trueca la verdad del paisaje en una egregia mentira de palpitante hermosura.

El padre se ensimisma, y la voz de su hijo, tan fresca, tan penetrante, tan pura, vuelve á preguntar:

- Oye, papá, ¿por qué está rota la luna?
- Mira el hombre á lo alto y sonrío confundido. Allá arriba la maja celeste se curva en la gloria de su novilunio.
- Di, ¿por qué se ha roto?

Esta vez el padre no sabe contestar. Como no sabe en tantos otros trances de éxtasis y de ansiedad infantiles. Juntos van por el parque y por la vida sin que la sesudez y la sabiduría, siempre menguadas, del hombre, apacigüen la inexperiencia é ignorancia, siempre voraces, del pequeñuelo. Cogidos van de la mano y su ceguera es la misma. La del uno principia, y la del otro no concluye. En el niño es hambre; en el adulto sed. Ambos sacian sus torturas como buenamente se lo permiten la inocencia y la edad, la imaginación y el estudio. Pero para el niño el desconocimiento de todo es claridad, mientras para el hombre es tiniebla. Las almas de los dos se abrasan en una eterna interrogación cuyo protésimo no cede y cuya polifonía no se extingue.

Entre tanta ansiedad, entre la maravilla de lo que se contempla sin conocer y de lo que se conoce sin explicar, ¡cómo suspende, conquista y solivianta gustosamente al niño la luna! La luna de oro ó de nácar, la luna radiante, tentadora, precoz y experta, orgullo de la noche, imán de las miradas enfermas de infinito, boquete luminoso del cielo por el que huyen en bandadas los ayes todos de la tierra...

—Papá: ¿es ahora de noche?—exclamó de pronto el niño, asomado una tarde al balcón.

- ¿Por qué, señor mío?
- Porque la luna ¿no sale siempre de noche? Pues mirala ahora, detrás de aquellas casas. ¡Qué blanquita! ¿Está enferma?

Otro día el niño, hastiado prematuramente de sus juguetes terrenales y del encanto sin renovación de los juguetes, cuando el padre le imagina absorto en cualquier fruslería, pregunta:

—Papá, dime: ¿Dónde vive la luna? ¿Dónde tiene su casa por el día?

La vieja Selene, nunca marchita, dotada de esa irrevocable primavera exclusiva del firmamento,



sigue obsesionando al gracioso y noble boceto humano. Ama á la luna; pero la luna no será nunca para él. Admirándola y apeteciéndola, confusamente empieza su aprendizaje sin ventura, su nostalgia sin remedio. La novia está en lo remoto y el amor no la rinde. Deseándola con infinito ardor, el niño va, poco á poco, acostumbándose á la sentencia de ser hombre. Durante toda su vida lucirá sobre él una luna que

nunca podrá coger, que nadie habrá de traerle. El primer anhelo suscita la decepción primera, y el culto adquiere eficacia de educación. Amar lo distante y afligirse por no poseerlo es en el niño un episodio que después, cuando llegue á hombre, ha de distraer toda su vida.

E. RAMÍREZ ANGEL

FOTOGRAFÍA DE GONZÁLEZ RAGEL

EL REFLEJO

Chic?... Sí, eso es, muy *chic*, un *chic* hecho de sencillez, un *chic* como debe de ser el *chic* ahora. Nada de turbantes de oro y plata empenachados de plumas fabulosas, nada de caprichosos *minarets* recamados de metales y pedrerías; nada de esas elegancias de decadencia que encantaron las tardes del Sans-Souci, las *premieres* del Vaudeville y las locas cenas de Ciro's. Aquello era otra vida, una vida maravillosa de fin de civilización; ahora hay que ser modesta y fuerte. Los tiempos están muy malos; la patria en peligro lo pide todo, lo exige todo, y hay que saber sacrificarse. La mujer ha de ser, no varonil, sino fuerte; ha de ser, no á la manera de aquella Tula Varona que nos describe el maestro Valle Inclán, sino fuerte, como fueron las recias hembras castellanas, la católica Isabel de Castilla ó la Santa Madre Teresa de Jesús. El dolor ha desterrado, entre otras cosas, esa ambigua silueta sugeridora de la de los *gigolos*, silueta muy Willy, muy 1900, que tenía un *desgaire hombrecito*, y que entreveíamos en la semipenumbra de los *thes discretos* y de los *bar's* de reputación dudosa. Paladeaba la mujercita un *japanese* ó un *coffee*, y, entre las nubecillas de humo del *kedivey*, adivinábamos el rostro chupado, color de cirio, recortado por la melena florentina.

Todo eso pasó ya. Ahora las hembras han de ser sencillas, pero con una sencillez femenina. Nada de Oriente; nada de ese Winterhalter falsificado. La Humanidad entera tornaráse fuerte, casta, sobria.

¿No has observado, lector amigo, que en las decadencias, en las épocas que precedieron á las grandes hecatombes en que se precipitó la Humanidad con rugir de torrentera, han sido justamente aquellas de mayor florecimiento para las artes suntuarias? Repasa un momento conmigo y verás que en Roma (dejemos á un lado la maravilla de los tiempos bíblicos con sus reinas de Saba y su Nabucodonosor) nunca fueron más artistas, más teatrales, más magníficos que cuando los caballos de los bárbaros relinchaban á las puertas del Imperio; en Florencia, las estéticas suntuosidades de los Médicis precedieron á las palabras inflamadas de exterminadora fe de Savonarola, y las elegancias madrigalescas del Triunfo sirvieron de prólogo á la Revolución.

En realidad, la señora moda, tan frívola al parecer, tiene todo el valor de un misterioso espejo donde, los que saben de verdad ver, hallan reflejo del vivir completo de una época. ¿No dicen, acaso, las arquitecturas ciclópeas y las tiaras de pedrerías de los Sátrapas algo de la extraña civilización en que vivieron hombres que fueron como dioses? ¿No nos dan las nobles serenidades del Partenón y la túnica sobria y armoniosa, una idea de la vida fuerte, rítmica y bella de los griegos? Y las empolvadas pelucas y los trajes pomposos del diez y ocho francés, ¿no nos dicen de la falsedad convencional de aquel vivir? Napoleón, en su portentoso ensueño de grandeza, quiso ser fuerte, clásico, sereno, improvisar una moda, un estilo, una arquitectura, como había improvisado un imperio, y su obra adoleció siempre de efímera, fué una parodia del viejo Imperio de los Césares, y desde su mujer hasta los nobles, todo fué falso.

La función crea el órgano, se dice vulgarmente, y esto podría aplicársele, diciendo que las necesidades, los usos y costumbres, son los que crean la moda.

Veamos la silueta modernísima. Nada de corsés; el cuerpo enjuto, elástico, agilísimo, necesita ir suelto para los movimientos del *sport*; nada de faldas amplias y huecas ya; telas blandas y sencillas; pieles... Las cabezas tocadas de pequeños tricornos ó de sombreros casi varoniles, fáciles de poner y quitar. El *sport* será el recreo; luego las mujeres trabajarán para los ausentes ó irán á los hospitales á curar heridos...

Dolly ha entrado mientras yo escribía esto, y, leyendo por encima de mi hombro, se ha echado á reír:

—¡Delicioso!

La he mirado con asombro. Dolly es una mujercita encantadora (claro que no la muñeca de *biscuit* pasada de moda), resuelta, burlona. Tiene la cara de alabastro, y los cabellos rojos asoman por debajo del tricornio negro. El traje de paño, con gran cuello de piel, se ciñe en pliegues blandos y moldeadores. Y estando muy sencilla, muy *pendant la guerre*, está, sin embargo, atrozmente exagerada. Molesto, la pregunto:

—¿De qué te ries?

Me contempla fluctuante y, por fin, torna á su alegría burlona:

—De eso.

—¿Pero tú crees que no es cierto?—protesto lleno de noble indigna-



ción—. Todo ha acabado. La guerra ha desterrado la frivolidad del mundo. Ahora las mujeres seréis fuertes, trabajadoras, virtuosas...

Me interrumpe:

—¿No te acuerdas lo que escribió Anatole France: «La virtud es como los cuervos: sólo anida en las ruinas»?

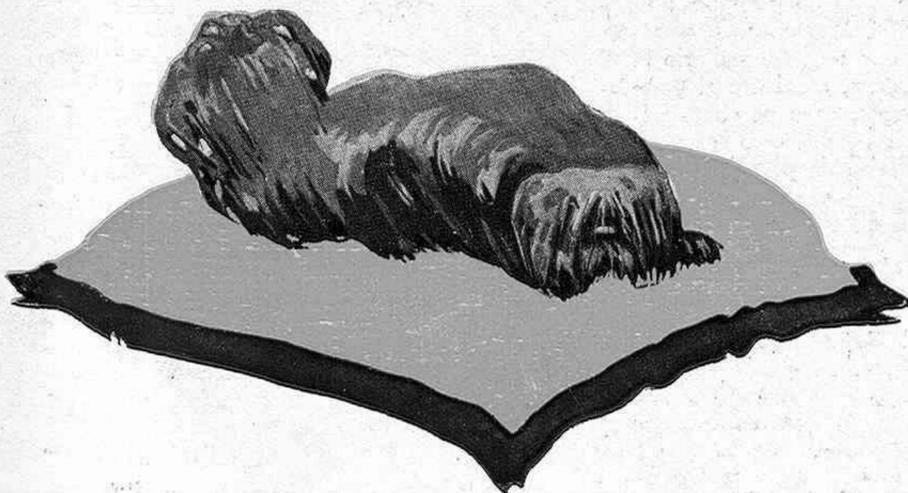
—Ya no lo escribiría—afirmo convencido.

—¡Bah!—ríe ella encogiéndose de hombros—. Ya vendrán otros que lo escriban. ¿Sabes lo que es eso? ¡Vejez!

Y pienso que tal vez diga verdad; que el dolor es muy cobarde, que la angustia nos vence pronto, y acabo por sonreír con la certeza de que, si bien siempre habrá Tais que se vayan al desierto á hacer penitencia, siempre quedará alguna cabecita alocada que sepa convertir un traje de duelo en disfraz carnavalesco.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ECHEA



ARTE MODERNO



PRIMAVERA TEMPRANA, dibujo de Antequera Azpiri

EL AVANCE FRANCÉS



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA, MR. POINCARÉ, VISITANDO LA CIUDAD DE NOYON, QUE OCUPARON LOS ALEMANES, Y HA SIDO RECONQUISTADA POR LAS TROPAS FRANCESAS

FOT. HUGELMANN

CAMARA 18

MIRANDO
AL PASADO

ANUNCIOS



AUN cuando no vamos ahora á poner en duda el fomento que tomó la literatura patria durante el reinado de Carlos III, sí hemos de insistir en lo cortos de vista—por no decir de entendimiento—que eran los publicistas de entonces.

Trataremos de demostrarlo inmediatamente y sin necesidad de remontarnos á los tiempos de Mari-Castaña.

Pocos serán los que ignoren el aprecio que entonces se hacía del saber. España—como dijo cierto ilustre cronista—despertaba de un profundo sueño, aunque para combatir la fiebre, sus hijos adorados todavía seguían echando en el caldo una cucharada de tierra del pozo de Santo Domingo.

En lo antiguo, publicábanse en Madrid periódicos muy excelentes, como *El Correo de los Ciegos*, semanario festivo y de sana crítica; el *Memorial Literario*, de grave erudición; *El Mercurio*, análogo al anterior; *La Minerva*, revista mensual, y *El Diario de Madrid*, tan raro y tan ameno.

Ha de advertirse que, para mal de muchos, la tan cacareada cultura no pasaba de las primeras páginas de esos citados periódicos, ya que en las últimas, destinadas como hoy á los anuncios, se mezclaba el barbarismo con la ignorancia. Buena prueba de tal aserto nos la ofrecen los anuncios de

aquel siglo, que en el presente nos parecerían productos de un espíritu epigramático, y de los cuales he de ofrecer algunas muestras al lector, en la seguridad de que regocijo su ánimo un instante.

Empezaré por cualquiera de los muchos que tengo á la mano; por el de aquel bazar de la calle de Toledo, junto á los portales:

«Bazar Español. Protección á la industria nacional. En este establecimiento, exclusivamente español y el primero de su clase, se encuentran todas las prendas y accesorios de trajes para caballeros. Camisas lisas y bordadas, de París. Calcetines ingleses. Botas de Nueva York. Pantalones de los mejores paños de Bélgica. *Nota.*—Se garantiza la procedencia de los géneros que se venden en el Bazar Español.»

Ved este otro, modelo de laconismo:

«Cal, zinc, kok. Gil. Pez, 3.»

Si no te has reído ya, lector amigo, yo te aseguro que has de hacerlo en cuanto leas el siguiente verso:

«En 21 y 1/2 reales, muy baratos,
se da un par de zapatos;
por 50 ó 60, botas finas,
y á 24, 26 y 30, mallorquinas.
Las hay de rusel, sagrén y charol,
impermeables al agua y al sol.
Hay también zapatillas

para señoras de cuero
y alpacatas para caballero.»

ooo

A ver que te parece la poquísima habilidad de una *desconsolada* viuda:

«Una señora sol'a, viuda, de treinta y dos años, alta, rubia, no mal parecida, admitiría en su compañía y cedería un gabinete con alcoba á un caballero de buenas costumbres y, si es posible, que no sea empleado.»

Y para no cansarte más, ahí va otro harto disparatado:

«Almoneda. Se vende un borrego y una flauta. Un reloj de cuco, un lorito y un diccionario de la Academia. Un estuche con seis navajas para afeitar viejas. Un tilbury, una yegua de tiro y un revólver. Cuatro monedas célticas y otras antigüedades. Hay novelas de D. Alejandro Dumas. Todo muy arreglado.»

Así las gastaban nuestros antepasados. Por eso no extrañaba á nadie que se publicara en letras de molde la pérdida de «una mantilla de mujer», y que, como la cosa más natural, cierto matarife escribiera á sus padres: «El jefe de la nave está muy contento conmigo; ya me ha hecho sangrar dos veces, y para los Carnavales me hará desollar.»

ANTONIO VELASCO ZAZO

Modas de Floralia



MÁS elegantes que elegís la *toilette* de vuestros queridos bebés con la misma atención que si fuesen para vosotras; que los rodeáis de un ambiente de elegancia, con el objeto, sin duda, de que sus ojos se vayan acostumbrando á admirar y comprender lo que es bello, no os olvidéis que para formar las bellezas de mañana son una ayuda muy poderosa los productos FLORES DEL CAMPO.

El número I es un lindo vestidito de «vestir», de crespón de China rosa; el canesú y el bajo de la falda son lisos y el resto plegado. Por los hombros pasan dos cintas, azules, que se meten en unos ojales y salen para formar dos «cocas» á los lados. Rositas de plata.

Núm. II. Ideal vestidito de playa. La chaquetita es de jersey de seda azul Talavera; el escote está sujeto por una cinta de un oscuro azul cuervo. La falda, de crespón blanco, lleva unos bordados de lana azul Talavera, hechos á punto de cañamazo.

Núm. III. De lana lisa, color fresa, es el canesú y los dos bieses de la falda, en combinación con tela rayada en blanco y fresa; ligeros bordados de lana blanca alrededor del canesú.

Núm. IV. Elegante «manteau» de tafetán azul marino, forrado de crespón de China rubí. Sombrerito de seda rubí, adornado con un pom-pom hecho con briznas de paja, tono sobre tono.

Núm. V. De «tussor» crudo es este modelito; como adorno, lleva unas incrustaciones de «tussor» azul pastel, sobre las cuales hay unos

motivos bordados con seda marrón. Se anuda en los hombros por medio de dos cordones que caen con unas borlas marrón y azules.

Como podéis ver, en estos modelitos está reconcentrada la nota *chic* de la moda que para bebés regirá la próxima temporada.

Las impresiones que ahora recibís, deliciosas niñas, son las que recordaréis con más gusto cuando los años pasen.

Y de las amarguras de la vida os indemnizará el recuerdo del primer día que usasteis el JABON FLORES DEL CAMPO y os perfumaron con el adorable EXTRACTO, que arrancó tantos piropos á nuestras institutrices, y empararon vuestros exquisitos bucles con la famosa LOCION y los dieron más realce con la BRILLANTINA, y con el RON-QUINA los robustecieron y completaron los encantos de vuestras inocentes caritas con los frescos é impalpables

bles POLVOS DE ARROZ, que se adhirieron á vuestras puras mejillas...

Todas estas bellas cosas quedarán presentes en vuestra memoria y no las olvidaréis, repito, ni con los años ni los azares de la vida, toda vez que no dejaréis de usar las creaciones FLORALIA, origen de vuestra hermosura y principal causa de vuestra felicidad. Pasará el tiempo y continuaréis siendo eternamente niñas.

Otra cosa que no debéis olvidar nunca es la sonrisa. Ella constituye uno de los mayores atractivos de la niña y es origen de alabanzas en la mujer. La risa significa bondad, y este sí que es el principal adorno de nuestro sexo.

Pero no basta reír mucho: es preciso reír bien y que esta alegría encuentre marco en una boca fresca, en unos dientes blancos y esmaltados, en unas encías sonrosadas, para que una lluvia de piropos caiga sobre vosotras con su música agradable. Y todo esto se consigue usando á diario el dentífrico OXENTHOL, á base de oxígeno.

Ya estáis en condiciones de crecer como frescas rosas, que mañana embellecerán los jardines femeninos; sólo os falta, para completar vuestros encantos y aumentar vuestra salud é higiene, aprenderos de memoria lo que dice, á propósito del SUDORAL, un elegante y perfumado librito, que contiene todas las ventajas que lleva consigo el uso de ese poderoso desodorante, última creación de la PERFUMERIA FLORALIA.

Muy importante es el vestido y el ir á la moda; pero no es suficiente, puesto que no hay distinción posible sin el complemento de una higiene perfecta y un buen gusto en la elección de los artículos de *toilette*.

Antes de comprar estos artículos, consulte en casa de su proveedor el catálogo ilustrado de la citada PERFUMERIA FLORALIA, que, en el caso más desfavorable, por igual precio tendréis mejor artículo.

Os convenceréis, además, de que los productos de FLORALIA contienen el maravilloso secreto de todo encanto femenino, porque ellos son gracia, salud, belleza y alegría, que forman el cetro, símbolo del triunfo.

MAR DE MUN



Flores del Campo

Jabon
Colonia
Extracto
Brillantina
Loción
Ron-Quina



MAR DE MUN

Oxenthol

dentífrico
admirable
á base de oxígeno



Sudoral

Loción
desodo-
rante

